

## Especial Escritoras Parte II

# TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2  
Número 14  
Noviembre  
2021

### RESEÑAS:

**Huir en mitad de la noche**  
(Lorena Díaz Meza)

Por Alicia Zepeda González

**Antología del microcuento negro**  
(Señoritas Imposibles)

Por Sonia González Valdenegro

**El desvelo**  
(María José Poblete)

Por Julia Guzmán Watine

### EXTRAS:

**Artículo: Apuntes pendientes de nosotras, las otras.**  
Por Paula Ilabaca Nuñez

**Cuento Clásico: El vástago**  
Por Silvina Ocampo

**Entrevista: Valeria Vargas**

### CUENTOS:

«Esperanzar»

Fernanda Cavada

«Hay amores»

Emilia Páez Salinas

«El favor»

Valeria Vargas Núñez

«El plan»

Lorena Díaz Meza

«Leche»

Claudia Farah

«Copretérito»

María José Poblete

«Cuando escapan los conejos»

Maritza Delgado

### CÓMIC:



«Haciendo una Historieta»

Panchulei

Calogria



03 / CUENTO

ESPERANZAR

Fernanda Cavada

06 / CUENTO

HAY AMORES

Emilia Páez Salinas

07 / ENTREVISTA

A VALERIA VARGAS

09 / CUENTO

EL FAVOR

Valeria Vargas Núñez

13 / RESEÑA

VERDADES QUE DUELEN

Alicia Zepeda González

15 / CUENTO

EL PLAN

Lorena Díaz Meza

17 / RESEÑA

ANTOLOGÍA DEL

MICROCuento NEGRO

Sonia González Valdenegro

20 / CUENTO

LECHE

Claudia Farah

22 / CÓMIC

HACIENDO UNA HISTORIETA

Panchulei

23 / RESEÑA

EL DESVELO

Julia Guzmán Watine

24 / CUENTO

COPRETÉRITO

María José Poblete

27 / CUENTO

CUANDO ESCAPAN LOS CONEJOS

Maritza Delgado

29 / ARTÍCULO

ASUNTOS PENDIENTES DE NOSOTROS, LAS OTRAS

Paula Ilabaca

31 / CUENTO CLÁSICO

EL VÁSTAGO

Silvina Ocampo

# EDITORIAL

## ¿Acción culpable o comportamiento justificado?

Desde Francia nos llegó la noticia del caso de Valérie Bacot, una mujer acusada por matar a su marido, quien la violó desde que ella cumplió 12 años (antes fue su padrastro). También la obligó a prostituirse, bajo amenaza de maltratos físicos hacia ella o sus hijos. Valérie asesinó a su cónyuge, cuando este le señaló, en tono de advertencia, que comenzaría a abusar de la hija de ambos de 14 años. Finalmente, Bacot, a pesar de ser declarada culpable, fue puesta en libertad, por ser considerada una víctima, según la fiscalía en su alegato final. Valérie fue condenada por el asesinato del monstruo que la violó, maltrató, prostituyó, pero fue dejada en libertad porque se suspendieron tres de los cuatro años de presidio y también se le descontó el tiempo en el que ya estuvo detenida.

En el libro *Criminología feminista* de la editorial LOM (2021), el estudio “Mujeres homicidas de sus parejas en contexto de violencia intrafamiliar: posibilidad de exención de responsabilidad penal en el derecho penal chileno” de Myrna Villegas Díaz, plantea que en las mujeres sometidas constantemente a los abusos y vejaciones de violencia, por parte de sus parejas, los homicidios no debieran ser un comportamiento exculpado, sino que tendrían que ser considerados justificados en el contexto de violencia intrafamiliar.

Las victimarias (antes víctimas), según Villegas, han vivido en una situación constante de vulneración de sus derechos y en un clima de terror permanente. Está claro que la defensa en igualdad de condiciones (sin armas, por ejemplo) está descartada por la fuerza desigual y el temor paralizante. Por lo anterior, la búsqueda del momento oportuno para deshacerse del sujeto que pone su vida en peligro se convierte en la única esperanza de supervivencia. En el caso del agresor que ataca a la mujer, a este “se le pasa la mano” y eso, según la autora, excluye la premeditación; lo que, por lo dicho anteriormente, no ocurre en el caso contrario. Si, además de lo anterior, se toma en cuenta que los sentimientos hacia el victimario no son diferentes al odio y la rabia.

Sea por venganza, por defensa personal, por protección a la familia o por salvar a una desconocida; sea por un golpe del azar o con premeditada crueldad, en este número, el segundo especial de escritoras de Trazas Negras, se ejecutan venganzas literarias; se producen reparaciones sangrientas, sin que medie la justicia. Las vengadoras y los vengadores que triunfan o fracasan en su revancha, se enfrentan y maltratan la violencia machista enraizada en la sociedad.

Juzguen ustedes estas revanchas de tinta; consideren si los crímenes están justificados o si perpetúan la cadena de violencia y venganza hasta el fin de los tiempos.

**Julia Guzmán Watine**  
Editora invitada

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

Hacía un frío de mierda. La cabaña donde estaba Danielle Hellfire no tenía calefacción. Trató de cerrar las cortinas con la esperanza de que un poco del calor la habitación se conservara, por no fue suficiente para evitar que exhalara vaho.

Aun cuando se encontraba en la mitad del bosque, en su mochila había lo suficiente para cubrir las necesidades básicas: comida, una muda de ropa técnica de montaña, internet móvil y un computador portátil. En su opinión, no era necesario llevar más para cumplir con su tarea, para ella, las armas para un asesino son la planificación y un par de guantes.

Apoyó su computadora en la pequeña mesa de comedor y conectó su internet portátil. Levantó la mirada y notó que la pequeña sala de estar estaba demasiado oscura.

—Mierda —masculló.

A tientas, encontró la caja de fusibles y levantó el que estaba apagado. La cabaña se iluminó.

Se sentó frente a la pantalla y espero a que sonara el tono de la llamada entrante. Durante la espera, se peinó su pelo colorín en una trenza.

Aceptó la invitación a la video llamada.

Un hombre de mediana edad, con el pelo revuelto sin grandes indicios de astucia apareció en la pantalla. Recientemente se había divorciado, hace días que no podía dormir bien y ella lo sabía.

—Hola ¿cómo estás? —preguntó.

—Bien —ella respondió con una sonrisa tímida.

—¿Cómo ha estado la semana?

—Bien, sin muchas novedades, ahora estoy trabajando en una comisión nueva.

El hombre la miró con agrado.

—¿De qué?

—Además de la exposición de fotografía en la que me invitaron a participar, ahora estoy en el bosque trabajan-

do en una casa nueva —se acomodó para tratar de mantener un poco más el calor corporal.

—Por eso no te veo en la habitación en la que generalmente tomas la llamada —le sonrió.

—Es que no quería perder la sesión.

Él le respondió con una sonrisa amplia ese comentario.

—¿Cómo han estado las cosas con tu familia?

—Bien —Danielle Hellfire, se dio el espacio para pensar un poco más lo próximo que iba a decir —con mi hermana acordamos comer el viernes. He estado pensando en eso que hablamos la sesión pasada: eso de aprender a perdonar y como eso nos hace sentir más livianos.

—¿Qué te hizo pensarlo de esa manera?

Daniel Hellfire se apoyó en el respaldo de la silla. En realidad, no había pensado en eso. Por este tipo de preguntas es que consideraba que el terapeuta era bueno.

—No sé... supongo que quiero tener más contacto con mi familia, además Andrea me va a acompañar.

—¡Ah! Pero qué bien. Me parece muy bueno que estés tomando resguardos, como que te acompañe tu amiga, cuidándote. Así evitas exponer a situaciones peligrosas.

Ella sonrió con timidez, se sintió alagada.

—La sesión pasa también me contaste que te cambiabas de casa —él continuó la conversación.

—Si, mañana me voy a vivir en el loft con Andrea. Ni te imaginas lo feliz que se puso cuando le mandé el mensaje. Yo creo que lo enmarcó —rio, feliz.

—Viste, Danielle, es importante generar vínculos. Aprender a confiar en otros, nos permite descansar del peso que nos significa nuestra historia.

Danielle Hellfire se distrajo con un ruido.

—Tengo que cortar, parece que llegó el dueño del proyecto que estoy haciendo. Mis disculpas lo corto, pero no quería dejar de hablar contigo.



Bajó la pantalla del computador y se acercó a la ventana. Casi imperceptible vio una sombra moverse. Sus ojos verdes se afilaron. El corazón comenzó a latir con fuerza. Sonrió.

Con cuidado movió el sofá de su lugar original y corrió la alfombra, para descubrir una puerta trampa. Tiró de la argolla para revelar una escalera; bajó con cuidado. Sintió un pequeño golpe en la frente, a lo que tanteo el aire con sus manos una cadena, la tiró y se prendieron las luces.

La habitación no debería haber tenido más de tres metros cuadrados. Estaba embaldosada del piso al techo. En una de las esquinas había una especie de juego de arneses armado, claramente tenían una connotación sexual, a continuación, había un pequeño refrigerador que a su entender podría haber tenido alcohol, comida o partes humanas; se prometió a sí misma no abrirlo. También encontró distintos tipos de herramientas e instrumental quirúrgico obsesivamente ordenado.

Avanzó un par de pasos y escuchó gemir a alguien. Al fondo de la habitación había una mujer desnuda y encadenada, tiritaba. Su piel estaba severamente dañada con morenotes y cortes. Cuando se intentó incorporar vio manchas de sangre debajo de ella. Tenía los ojos vendados.

Esa mujer no podía articular palabra. Pero no había que ser una lumbrera para entender que, para ella, la solución era la muerte.

Caminó hacia el centro de la habitación, a cada paso que daba, la mujer más se esforzaba por alejarse. Giró sobre sus talones y se paró frente a la escalera. Luego lo pensó un poco mejor, necesitaría un poco más de espacio. Caminó un poco más hacia la mujer que ahora daba gritos ahogados, ya estaba afónica.

Se escucharon unas pisadas bajar por la escalera. Danielle Hellfire aguardó con calma. Luego se escuchó el martillo de un revólver.

Mostró sus manos libres como signo de no llevar ningún arma.

El hombre que le apuntaba estaba cerca de sus cincuenta y cinco, de pelo cano, con obesidad moderada. Tenía los dientes relucientes, mientras que sus anteojos y su camisa lo hacía ver como un cualquiera, de los que hacen parrilladas los domingos y ve el fútbol con los amigos.

—No sé cómo lo hizo para encontrar este lugar, pero no puedo dejarla irse —se acomodó los anteojos con su mano libre.

Ella podía oler su miedo. Pero ¿por qué? si ella era la que estaba en su territorio, desarmada y con todo que perder; ¿por qué? si ella era una mujer tal como aquella encadenada al fondo de la habitación, como todas las que lo debieron haber rechazado y a las que ahora les responsabiliza sus traumas de mierda, sus pesadillas y obsesiones.

Le pareció decepcionante.

—OK —le dijo respondió tranquila.

—¿OK?

Fijó sus ojos verdes directo a los ojos desconcertados del hombre que le apuntaba con un revólver.

El hombre juntó coraje y se le acercó. A cada paso que daba, más se acercaba a ella, pero para ella no había nada más que estar ahí, apacible. Cada paso que él daba, Danielle Hellfire se hacía más poderosa. Esa era la verdad, tan incontrovertible, que cuando el hombre le apoyó el cañón en la frente, no pudo apretar el gatillo.

—Verás, soy Danielle Hellfire... en los diarios me conocen cariñosamente como el Agente Rojo, lo que me parece muy discutible, lingüísticamente hablando, porque soy mujer – buscó la mirada le hombre –. Dado que han podido acreditar el delito de tortura y el homicidio calificado con enseñamiento de Reina Valdés, el Estado me ha enviado para matarte.

Con un golpe con ambas manos y un cambio de posición le quitó la pistola de las manos. Luego le tomó el brazo con una mano; mientras que, con la otra, le tomó la muñeca. Hizo una palanca que terminó por romperle

la articulación del codo, luego lo barrió y lo dejó caer contra el piso con fuerza, para luego darle un pisotón en la cara.

Tranquilamente, se acercó donde estaban las herramientas. Escuchaba los gemidos del hombre, quien se ahogaba con los con la sangre que salía por su nariz. Danielle Hellfire notó que había una pistola de clavos conectada a la corriente. La tomó y descargó todos los clavos contra el cuerpo del hombre. Él no pudo ni gritar.

Luego se acercó a la mujer y la liberó, quien confundida la tomaba con fuerza, mientras trataba de mantener en pie. No le quiso quitar la venda de los ojos, no era necesario que viera la escena. Con cuidado, la ayudó a subir por la escalera.

Fue la primera vez que alguien usaría la segunda muda de ropa que traía en su mochila. Eso la hizo sentir que, de ahora en adelante, las cosas andarían mejor. La buena estrella le acompañaba. **TN**

## Fernanda Cavada

---

Santiago, Chile. Narradora y abogada. Participante en los talleres Ergo Sum. Ha sido publicada en antologías en Chile y el extranjero. Miembro fundadora del Colectivo de Narrativa Negra Señoritas Imposibles.



# Cuando el Ángel pase lista

Eva Débia

EDICIONES DEL GATO

El primer golpe lo di en las piernas, sí, fue con un hierro. Después le pegué una y otra vez. El pecho era un amasijo de carne y sangre. Cuando —al parecer— le quebré un par de costillas, el hombre lanzó un alarido que se perdió en el bosque. Ahora quiero dormir tranquila, morir en paz, por eso le cuento esto. Quizás entonces deje de ver a Ernesto en cada rincón de la casa, recriminándome con la mirada vacía y la boca negra como un túnel.

Aquella noche caminaba lenta, más lenta para él que para mí. Saqué de la cartera el alicate y solo pude arrancarle dos uñas de los pies porque en ese tiempo no tenía tanta experiencia. Una náusea subió y el vómito cayó en la tierra.

Los gemidos de Ernesto me pusieron nerviosa. Con el cuchillo de pelar las frutas, escarbé uno de sus ojos. Tan verdes que los tenía. Amor mío, lo siento mucho. Algo parecido a crema de choclo salió y era amarilla lágrima, gorda lágrima corriendo por su cara. El Negro gritó harto. Después —cuando le rajé el brazo— lloró. Con los mocos colgando, pidió perdón, dijo que nunca más iba a engañarme, tampoco cerraría la puerta con llave para que yo no saliera. Luego la voz se le fue adelgazando, parecía perrito apaleado. Pero yo estaba exaltada y seguí dándole como bombo en fiesta. Pensé que los acuerdes con el Capitán de Carabineros, mis ahorros y anillos de oro, todo eso no lo iba a desperdiciar. Muy caro costó quedarme a solas con Ernesto. El Negro, amarrado, estaba listito para que pudiera darle de la misma salsa, devolverle golpe tras golpe todas las palizas de dos años de matrimonio.

Claro que se me pasó la mano cuando le arañé con el puñal la virilidad, que quedó colgando de un hilo como longaniza. Luego rebané los testículos —despacito— como si cortara el pan para el almuerzo. Sentí mi sexo húmedo y la respiración se me aceleró.

Cuando mi esposo fue un gris cadáver, el paco lo descolgó. Casi como en sueños, ayudé a sepultarlo. La soledad del campo, apenas interrumpida por el croar de las ranas y el chirrido de los grillos, garantizaba la seguridad de que nunca lo encontrarían. Después volvimos con el capitán Berríos a la casa abandonada. Limpiamos los vestigios del crimen y aprovechamos el momento para vivir una vez más nuestra pasión. Esa noche hice el amor con la alegría que da el hacer justicia. Regresamos en el auto de Berríos. Me bajé antes de llegar al puente. La ciudad dormía, el río Aconcagua cantaba con notas chocolate en el silencio de la madrugada.

Nadie me vio con el uniformado y dejamos de juntarnos por un tiempo. Al Ernesto lo di por desaparecido y lloré bastante en público.

Usted sabe que rezo a diario el rosario, voy a misa los domingos, participo en las actividades de la iglesia como buena cristiana que soy. Berríos murió hace años.

A menudo ruego a Dios para que perdone mis horrendos pecados. Ahora presiento que me queda poco, llevo cincuenta años con estos secretos auestas, señor cura. Mañana iré a la comisaría a entregarme ¿Qué puede pasar si yo estoy más vieja que el hilo negro?

TN

## Emilia Páez Salinas

(San Felipe, 1948). Es profesora de estado en castellano titulada en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Condujo el programa radial «Círculo Literario» (radio Santiago Bueras, Maipú, 2008 a 2009). Ha publicado los libros *El viaje* (poemas, 2011), *Mendiga en la noche* (poemas, 2013), *Enciendo el sol* (disco de poemas, 2014), *A veces bebía antes* (cuentos, 2016), *Olvidos de medianoche* (microcuentos, 2017). Pertenece a la Sociedad de Escritores de Chile.



Valeria Vargas:

## **«creo que vivimos tiempos extraordinarios en los que la novela negra tiene mucho que aportar»**

por Julia Guzmán W.

— **En un artículo de La Tercera, tú señalas que la novela negra es la novela social actual y que, al mismo tiempo, es un rescate de la memoria. ¿Te parece que Chile, nuestra situación actual y su pasado es muy «inspirador» para la narrativa negra? ¿Qué te inspiró en *El misterio Kinzel*? Además, ¿Qué tema tratarás en el segundo caso de Laura Naranjo? ¿Se puede adelantar algo?**

—Todas las sociedades ofrecen material para la narrativa negra. Sin embargo, Chile juega con ventaja porque aquí la impunidad, la corrupción y la desigualdad han sido naturalizadas a niveles demenciales. Como todo es injusto nada lo es. Viéndolo en perspectiva, lo extraño es que no hayamos estallado antes. Se habla mucho del aumento de la violencia, pero se deja de lado la responsabilidad que le cabe en esto a un sistema injusto que abandona a los más vulnerables a su suerte. La llegada de la pandemia empeoró las cosas y dejó claro que el desamparo es casi absoluto.

Pese a todo, creo que vivimos tiempos extraordinarios en los que la novela negra tiene mucho que aportar. Nuestra forma de vivir, injusta y patriarcal, está siendo observada desde una nueva consciencia que de una u otra forma terminará viéndose reflejada en el universo noir.

*El misterio Kinzel* partió como un ejercicio escritural. Un desafío que me propuse sin tener muy claro a dónde me llevaría. Había estado leyendo muchas novelas negras durante un tiempo prolongado y de repente empezó a tomar forma la idea de crear un personaje femenino que fuera capaz de protagonizar una historia noir en mi propio barrio. Sólo eso tenía claro. Sabía que era una investigadora y que su territorio de base era Ñuñoa. Compré

un cuaderno y empecé a anotar ideas. Jugando con posibles argumentos, llegué rápido a la conclusión de que crear una historia alrededor de algún secreto familiar era lo que me resultaba más atractivo. Escribir sobre el poder que tienen las familias y todo lo que ocultan. La forma en que las decisiones de algunos se transforman en bombas de racimo que alteran la vida no sólo de sus contemporáneos sino que también de sus descendientes. El resto fue investigación, escritura, caminatas y mucho trabajo de corrección.

La nueva aventura de Laura Naranjo vuelve a tener su punto de partida en Ñuñoa. Esta vez su obsesión por los misterios la llevará a investigar el pasado de una casa abandonada, el paradero de una persona desaparecida y un maligno secreto enterrado en un terreno baldío que dejó una reciente demolición.

—**¿Cómo nace el inolvidable personaje Laura Naranjo? ¿Qué vino primero: el argumento o la detective? ¿Cuál es el orden de aparición?**

—Construir a Laura Naranjo vino antes de crear el argumento, pero aún así terminó siendo un trabajo simultáneo porque iba descubriendo de qué era capaz el personaje a medida que avanzaba la historia. Después de toda una vida leyendo grandes aventuras de acción protagonizadas por hombres, para mí era fundamental darle el protagonismo a un personaje femenino. Quería que fuera una investigadora amateur, sin ningún conocimiento específico sobre el mundo criminal. Una mujer joven enfrentando un misterio sólo con su ingenio y capacidad de observación. Me interesaba, además, situarla en un momento de su vida en el que se sintiera vulnerable y dotarla

de algunas de las clásicas características de los protagonistas de novela negra. Laura Naranjo es más bien solitaria, tiene dificultades para encajar, problemas económicos y una necesidad obsesiva por descubrir la verdad. De su incapacidad para adaptarse, nace su empatía por los que viven en los márgenes. Además tiene un pasado misterioso que espero tener la oportunidad de ir develando con el tiempo.

—**Se puede apreciar en tu novela una cercanía profunda entre Laura y sus vecinos adultos mayores. ¿Tienen elementos en común? ¿Qué los vuelve tan cercanos?**

—Cuando la historia comienza, Laura está pasando por una crisis. Se acaba de separar y además está cesante. Su soledad la vuelve receptiva. Le permite abrir los ojos a realidades y detalles que antes pasaban desapercibidos para ella. Comienza a relacionarse con sus vecinos ancianos porque necesita resolver un misterio, pero en el camino se da cuenta de que tienen mucho en común. Kinzel, Úrsula, Pacheco y Dante son personas mayores que se niegan a estar muertos antes de tiempo. Ejercen su libertad, buscan caminos, se reconocen entre sí. Laura está haciendo lo mismo; descubriendo qué puede hacer con su libertad. En esa búsqueda, que ocurre en los márgenes, se encuentran. A los viejos les contaron el cuento de que ya no sirven para nada y Laura ha sido expulsada por el destino del «buen» carril de la normalidad. Y todos se rebelan porque intuyen que la vida tiene mucho más que ofrecerles. Aunque eso implique poner en riesgo su propia seguridad.

—**Muchas veces se habla del fracaso en la novela negra, el fracaso del detective o de la detective a pesar de que resuelve el misterio que provoca la pesquisa. En tu novela no se vislumbra una derrota, sino que Laura se ve más esperanzada ¿Espejismo o la suerte de tu detective mejorará y será más auspiciosa?**

—La sensación de fracaso es inevitable porque aunque el misterio sea resuelto, eso no garantiza la justicia. Por otro lado, no podemos resucitar a los muertos. El buen ánimo de Laura tiene que ver con que está descubriendo quién es. Eso que la aleja de la norma le está dando la posibilidad de recorrer otros caminos. Y como es un personaje aventurero, la nueva perspectiva la llena de energía. No sabe lo que el destino le depara, pero está encontrando su lugar en el mundo. A eso habría que sumar el carác-

ter un tanto ingenuo de Laura Naranjo. Eso la mantiene, por lo menos hasta ahora, lejos de la amargura que da el fracaso.

—**En tu cuento «El favor» y en «El misterio Kinzel» el asesino (no todos, claro) plantea un conflicto ético que cuestiona el papel de víctima y victimario ¿Cómo lo anterior se relaciona con nuestra realidad? ¿Por qué surge esa relativización?**

—Me interesan ese tipo de historias. Creo que el trauma se hereda y la culpa también. Todos somos, en mayor o menor grado, víctimas de nuestros ancestros y victimarios de nuestros descendientes. Cuando se trata de grandes transgresiones como asesinatos o abusos al interior de las familias, el anhelo de justicia siempre se topa de frente con preguntas incómodas.

En *El misterio Kinzel*. *El primer caso de Laura Naranjo* un acto de justicia en el siglo pasado altera la vida de un inocente que termina volviéndose un victimario. En *El favor*, un personaje toma una decisión cuestionable para defender lo que cree justo. Todo acto de violencia; legal o ilegal, justo o gratuito, funciona como una bomba de racimo. Siempre hay víctimas inocentes. ¿Es inevitable? Creo que sí. Un costo a pagar. Transformarse en victimario a veces es lo único que se puede hacer. **TN**

Valeria  
**Vargas**



Por Valeria Vargas Núñez

Lucas estaba a punto de irse a dormir cuando escuchó el timbre. Se puso un poncho arriba del pijama y cruzó los dedos para que no fuera algún vecino con ganas de conversar. La jornada había sido larga y desde que estaba a cargo de la parroquia, sus labores se habían multiplicado. Se persignó antes de abrir la puerta. Su hermano Ignacio atravesó el umbral saludando apenas. Era la primera vez que lo visitaba desde que vivía en la población.

—¿Le pasó algo a la Trini? —dijo, sin disimular su inquietud.

—Nada, hombre. Está en la casa con los niños. ¿Y los demás curas?

—Andan en el norte. En un retiro.

—Mejor.

Ignacio se sentó en el único sofá que ocupaba el reducido espacio. La casa le pareció horrible, indigna de su presencia.

—Vine porque necesito tu ayuda. Estoy metido en un lío.

—¿Qué pasó ahora?

El poncho de Lucas olía a fritanga. Ignacio arriscó la nariz y volvió a sentir el mismo desprecio de siempre. Después se distrajo unos segundos tratando de descifrar el origen de un zumbido que subía y bajaba de volumen.

—¿Y ese ruido?

—El refrigerador. Suena un rato y después se calla. ¿Me vas a decir lo que pasa o quieres que adivine?

—Me están chantajeando.

—¿Qué? ¡Quién!

—Un idiota. ¿Te acuerdas de esa fiesta en el fundo del Joaco Bascuñán?

—La última vez que fui a una fiesta del Joaco fue como a los 18 años...

—No te hagas el chistoso. Me refiero a esa fiesta. A la fiesta.

—¿La del escándalo?

Ignacio hizo tronar sus nudillos como única respuesta. La fiesta había reunido a empresarios y prostitutas de lujo en una casa de campo durante toda una noche. Alguien alertó a la prensa y una entrevista en la que se describía con lujo de detalles una orgía con menores de edad, inició el peor escándalo de la década. Tras la investigación, el testigo se desdijo, nada pudo ser probado y el asunto quedó enterrado hasta transformarse en una historia llena de vacíos e imprecisiones. Como si solo fuera producto de una afebrada imaginación.

—¿Estuviste ahí?

—Un par de horas. Antes de que empezara la peor parte. Me fui temprano. Con alguien.

Lucas arrugó el ceño. Su hermano era un infiel compulsivo. Todo el mundo lo sabía. Incluida su esposa Trinidad.

—¿Menor de edad? —dijo, temiendo la respuesta.

—Parecía mayor... Fuimos a comer una hamburguesa y después pasaron algunas cosas.

Ignacio se rascó la nuca con violencia. Era un gesto que lo había acompañado toda su vida. Cada vez que se sentía acorralado.

—Tiene fotos de la fiesta. No sé de dónde las sacó.

—Eso fue hace como cinco años. ¿Por qué te buscó ahora?

—No tengo idea, pero lo tiene todo muy bien planeado. Lleva meses metido en mi casa y yo no me había dado ni cuenta.

—¿Cómo en tu casa?

—Es el personal trainer de la Trini. Hace un par de semanas me devolví a media mañana para buscar algo y

los encontré conversando en la cocina. Al principio no lo reconocí. Son todos iguales. Musculosos, sonrientes...

—¿Es hombre? —dijo Lucas, más para asimilar la información que para confirmarla.

Ignacio se encogió de hombros con un gesto desafiante.

—Estaba jalado. A cualquiera le puede pasar.

Eso no era cierto y Lucas lo sabía mejor que nadie. Toda su existencia había girado en torno a evitar que algo así ocurriera. Una lucha constante que lo había obligado a clausurar los lugares más hambrientos de su corazón. Como resultado, se sentía muerto en vida. A veces soñaba que estaba encerrado en una capilla con las paredes cubiertas por espejos. El reflejo de su cuerpo era un castigo. Una verdadera afrenta. La demostración inequívoca de que vivir oculto era la única solución.

—¿Y la Trini sabe que ese tipo te está chantajeando?

—No, no tiene idea. Salimos todos en esas fotos. José Pedro, Ignacio, los gringos. ¿Te acuerdas de los gringos?

—Vagamente.

—Todavía son socios de Bascuñán. Estaba medio club en esa fiesta. Si este pendejo habla, esto podría escalar y afectar a mucha gente. Hasta podrían reabrir el caso. ¿Te imaginas la mamá? Se nos muere ahí mismo.

—Págale entonces. ¿Qué más puedes hacer?

—¿Tú crees que estaría aquí por algo que puedo solucionar con plata? Ese maricón no se conforma con plata. Quiere algo más.

—¿Qué cosa?

Ignacio sacó un cigarro y lo prendió.

—Que deje a la Trini —dijo, observando como el humo viajaba hasta Lucas.

—No entiendo nada. ¿Está enamorado de ti? ¿Se obsesionó?

—¿Tú eres tarado? ¿Escuchaste algo de todo lo que te he dicho? Esos dos se hicieron amigos. Se ven todos los días. Van al parque, trotan, conversan. ¡Ese maricón sabe todos nuestros putos secretos!

A Lucas se le apretó la garganta. No supo si fue por el humo o por la sensación repentina de que toda la casa vibraba. No sabía gritar. Nunca había aprendido. Cuando Ignacio subía la voz, él sólo pensaba en salir corriendo. Igual que Trinidad.

—Sabe lo que le haces. —dijo en voz muy baja.

—No le hago nada. Pierdo el control a veces. Eso es todo.

—¿A veces? Le sacas la cresta por cualquier cosa. Y después me llamas. Hemos ido a cinco clínicas distintas

este año. Tiene ficha en todos lados. Te he dicho que tienes que buscar ayuda y no has querido escucharme.

—Yo no necesito ayuda. Y no voy a dejar a mi familia por culpa de un maricón resentido. ¿Qué haría la Trini sin mí? No tiene idea de ni dónde está parada. Ese pendejo lo que quiere es vengarse. La Trini le da lo mismo.

—¿Vengarse de qué?

Ignacio volvió a rascarse la nuca. Detestaba tener que dar tantos detalles. Se había repetido durante todo el camino que tendría paciencia con su hermano. Era un simple cura y había cosas que no era capaz de entender. Tomó aire y cambió de posición para dejar en claro que estaba haciendo una concesión.

—Esa noche. La de la fiesta del Joaco... Te dije que pasaron algunas cosas. Yo había jalado mucho y de repente me dio asco y le saqué la cresta.

—Mierda.

—No seas dramático. Lo dejé en la puerta del hospital. Tampoco es que lo haya tirado en mitad del campo. Y debería estar agradecido. Si se hubiera quedado en la fiesta le habría ido mucho peor. Estaría mutilado. O muerto.

Lucas repasó mentalmente las palabras de su hermano. Siempre era lo mismo con él. Algo estallaba al escucharlo. Las esquiras se incrustaban por todos lados, pero pasaba un buen rato antes de que empezaran a doler.

—¿Y cómo se supone que puedo ayudar? —dijo con frialdad.

Ignacio puso las manos sobre las rodillas e inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Trabajaste en la cárcel. Conoces gente. Necesito que alguien entre a su casa y se robe el computador.

—¿Te volviste loco?

—No seas mojigato. Solo quiero su computador. O su tablet. La lesera que use. Estoy seguro de que ahí debe tener las fotos.

—Ahí y en varios lugares más! ¿Tú crees que es tonto?

—Da lo mismo. Teniendo su computador puedo acceder a casi todo. Ya conseguí un experto. Si tengo suerte, capaz que hasta encuentre alguna cochinado que usar en su contra. Y en el peor de los casos, va a quedar tan asustado que se le van a quitar las ganas de seguir provocándome.

Lucas se puso de pie para despejarse.

—Si no me ayudas, me las voy a arreglar igual.

El tono era amenazante, pero contaminado por un pánico casi imperceptible. Una minúscula gota de sangre diluyéndose en el agua. El zumbido del refrigerador subió



de volumen. Se quedaron callados hasta que volvió a descender.

—Necesito su dirección —dijo Lucas, decidido a evitar un mal mayor.

—No es necesario. Yo lo arreglo. Tú dame un buen contacto y listo. Alguien confiable. Robo y desorden. Que el pendejo entre a su casa y se cague en los pantalones de puro miedo.

—Dame la dirección y transfíerme la plata. O me hago cargo yo o no hay ayuda.

—¿Estás seguro? No me sirve que te echas para atrás en dos días más.

—No me voy a echar para atrás. Pásame sus datos y terminemos con esto. Y que ni se te ocurra ponerte tacaño.

Ignacio dudó durante varios minutos. Después se levantó y empezó a buscar la dirección en su teléfono.

—Listo. Enviada. Se llama David López. Vive en el centro. Hazlo bien, por favor. La familia entera depende de ti.

—Quiero algo a cambio.

Ignacio se detuvo. Ya estaba junto a la puerta. Listo para irse.

—¿Plata?

—No, qué plata. Tienes que ver a un psicólogo.

—Me estás hueveando... ¿Otra vez con ese cuento?

—Hablo en serio. Te saco de este lío y vas directo a terapia. La Trini no merece seguir viviendo así. Hasta ese cabro es capaz de darse cuenta.

El rostro de Ignacio sufrió una sutil metamorfosis. Relámpagos sobre el campo. Lucas quiso retroceder, pero se contuvo. Tenía que mantenerse firme. No ser más ese niño solitario que soñaba con la muerte para librarse de la sombra de su hermano.

—Es eso o nada. Tú decides.

Ignacio hizo un gesto de afirmación y se fue sin despedirse.

Trinidad entró a la clínica pasadas las diez de la noche del viernes. Tenía hematomas múltiples, la nariz quebrada, tres costillas rotas y una hemorragia interna. Lucas demoró casi una hora en cruzar la ciudad para encontrarse con Ignacio en el pasillo de Urgencia.

—¿Qué cresta le hiciste?

—No es nada. Se cayó por la escalera. Ya la están atendiendo.

—¿Eso dijiste? ¿Qué se había caído por la escalera?

—Necesito que hables con la doctora.

—¿Otra vez?

El teléfono de Lucas comenzó a sonar. Miró la pantalla y se alejó un par de metros para responder. Ignacio sudaba y tenía el pecho apretado. Acababa de amenazar a la médico de turno con las penas del infierno si denunciaba el caso, pero no había logrado hacerla entrar en razón. Lucas habló durante un rato que le pareció eterno y después volvió a su lado.

—Habla con la doctora y convéncela. No te cuesta nada. Ya te dije que voy a ir a terapia. Apenas me deshaga del pendejo pido hora.

—Esto tiene que parar.

—¡Y va a parar! Te hice una promesa y la pienso cumplir.

Un mensaje hizo vibrar el teléfono de Ignacio.

—Es él —dijo sorprendido.

—¿Quién?

—El pendejo. David. Dice que quiere negociar.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! Parece que al final sí tenía un precio. ¿Viste? Son todos iguales. Voy y vuelvo. Encárgate de la doctora mientras tanto. Hazlo por la familia.

Ignacio se fue. Lucas cerró los ojos y empezó a rezar por Trinidad y por David.

El destacado empresario Ignacio Velázquez fue detenido como presunto culpable del homicidio de David López, un joven que se desempeñaba como personal trainer de su esposa. Los abogados sostuvieron su inocencia, alegando que López ya estaba muerto cuando Velázquez llegó a su domicilio. Sin embargo, un sobre anónimo que recibió la fiscal a cargo dio un nuevo vuelco al caso y permitió probar que López había estado extorsionando al empresario. Al parecer, compartían un oscuro pasado que ha obligado a reabrir uno de los casos de abuso de menores más bullados del último tiempo.

Lucas se acomodó junto a la ventana. Desde ahí podía verse la piscina. El otoño ya había empezado y un centenar de pequeñas hojas amarillas flotaba sobre el agua. Trinidad y sus sobrinos estaban en el segundo piso preparándose

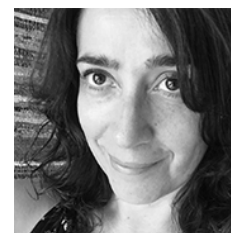
para acompañarlo a misa. Después almorzarían todos juntos en la casa de su madre. Con el paso del tiempo y pese a todo, las cosas se habían vuelto mucho más livianas.

David López había muerto por un error de cálculo. La noche del robo llegó antes de lo previsto a su casa. Los muchachos que Lucas había contratado no tenían antecedentes. Los había elegido por eso. Aún así, las cosas se descontrolaron y David terminó en el piso de la cocina con la cabeza partida por un mortero de piedra. Cuando lo llamaron para contarle, Lucas estaba en el hospital con Ignacio. Supo enseguida lo que tenía que hacer. Los calmó y les dio instrucciones precisas. Tenían que mandarle un mensaje a su hermano usando el teléfono del difunto, deshacerse del mortero, llevarse el computador y dejar la puerta entreabierta. No dudó. Hasta recordó decirles que borrarán sus huellas. Apenas Ignacio partió a reunirse con el cadáver de David López, hizo una llamada anónima a la policía. Y tres días después envió las fotos en un sobre sin remitente a la fiscal.

TN

## Valeria Vargas Núñez

Estudió Letras y Estética en la Universidad Católica y se especializó en guión en la EICTV, en Cuba. Codirigió el documental *Niños del Paraíso*, rodado en el Archipiélago de Juan Fernández, fue guionista de las series de televisión *Los archivos del Cardenal* y *Heredia&Asociados*, esta última basada en las novelas de Ramón Díaz Eterovic. Ha participado en la escritura y creación de telenovelas para TVN, CHV y MEGA. También ha dado clases de Guión y adaptación Literaria en UNIACC y la Escuela de Cine de Chile. Fue coguionista del largometraje documental *Allende, mi abuelo Allende*, premiado con el «Ojo de Oro» en el Festival de Cannes 2015. *El misterio Kinzel. El primer caso de Laura Naranjo*, publicada en 2018, es su primera novela. Durante el 2020, su cuento «Sala de Basura» fue publicado por Editorial Táticas en su serie Plaquettes de la Cuarentena. Actualmente, vive en Ñuñoa y trabaja como investigadora, asesora de guiones y guionista de ficción y no ficción para cine y televisión.



Sara

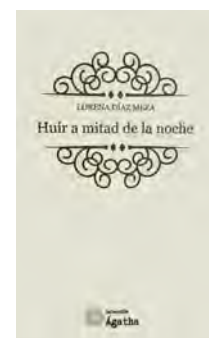
Maivo Suárez

KINDBERG EDITORIAL

## Verdades que duelen

*Huir en mitad de la noche*

de Lorena Díaz Meza



Por Alicia Zepeda González

En esta breve obra de apenas 16 páginas, perteneciente al volumen 2 de la Colección Ágatha de Ediciones Imposibles, la autora Lorena Díaz Meza nos hace una invitación y al mismo tiempo nos obliga a enfrentar la realidad que se vive desde hace muchísimos años en los hogares de niños y adolescentes en nuestro país. Probablemente, su profesión de docente de lenguaje y su constante manifestación en contra de los abusos (violencia intrafamiliar, violencia de género, etc), la conecta con la temática de los niños y adolescentes en situación de vulnerabilidad, situación en torno a la que gira este relato.

A través de una historia de ficción nos sumerge en la verdad dolorosa de los maltratos y abusos que sufren los niños en los establecimientos de cuidado para niños y adolescentes sin familia o en situación precaria familiar. Aquellos cuyos padres han caído en el flagelo de la droga y los vicios en general; aquellos que han sido olvidados por una sociedad que cada vez está más preocupada de la economía y la generación de recursos, pero que, al mismo tiempo, descuida la repartición de los mismos, haciendo que mucha parte de la población sea vulnerable y se encuentre bajo la línea de la pobreza, lo que provoca que las familias no sean lo suficientemente solventes para cuidar a sus hijos o; aquellos que huyendo de los maltratos y abusos en casa han ido a dar a las caletas bajo los puentes, a dormir en plazas y calles, y que, en un intento de mejorar su calidad de vida han sido enviados a los hogares de menores.

Situación a parte es la de los menores que han llegado a los hogares por causa de haber delinquido, desde un

pequeño robo en un supermercado por necesidad de comida o de utensilios de higiene, hasta prostitución, microtráfico y homicidio, pueden llevar a niños, jóvenes y adolescentes a habitar en los establecimientos de cuidado de menores, como el que se describe en la obra de Lorena Díaz Meza en su relato.

La marginalidad y la violencia son temas recurrentes en el género negro, con el cual se identifica la escritora, y aunque llevan décadas llenando páginas tanto en la literatura como en las crónicas policiales de los medios de comunicación, siguen siendo parte de nuestro mundo y de nuestro país. En ese sentido, Lorena Díaz Meza echa mano a la crítica de la sociedad en que está inmersa, patentando a través de su texto, los vejámenes sufridos por los menores y las tretas que se hacen necesarias para escapar de ellos.

En esta obra, la autora describe cómo una manipuladora de alimentos, «la tía de la cocina» logra salvar a dos niños de los constantes abusos y maltrato vividos en un hogar. La protagonista logra un acuerdo con la policía, tras denunciar los ilícitos que se cometen en dicho establecimiento y otorgar información de lugares y nombres específicos para facilitar el trabajo de los ejecutores de la ley. Menciona a distintos actores que perpetran los ultrajes, entre ellos un sacerdote, y las zonas en que estos se llevaban a cabo. Hace mención también de las muertes que se dan en estos sitios y que hace pocos años se pusieron al descubierto, convirtiéndose en motivo de marchas y de manifestaciones sociales. Imposible olvidar el informe de la PDI en el año 2019 que arrojó un número



de 1.313 muertes de niños, entre 2007 y 2019, en el SENAME. Noticia que, sin duda, debe haber sido inspiración para Lorena Díaz Meza.

Una historia que mantiene la tensión de principio a fin. Un relato que cala hondo en el alma y en la conciencia. Un relato que, sin duda, cuestiona la sociedad actual y la forma en que nos estamos haciendo cargo de la infancia que, queramos o no, es el futuro de nuestro país. Y que nos invita a reflexionar, no sin antes sentir una pequeña fracción del dolor y la angustia de los personajes.

Le acompañan en este volumen 2 de la Colección Ágatha, la nano novela *El sendero de los Apalaches* de

Francisca Rodríguez Aguilera, el conjunto de micro relatos *Transeúntes* de Claudia Farah Salazar y *Los árboles hablan en Salem* de Gabriela Aguilera. El conjunto de textos es de rápida y fácil lectura, pues las autoras hacen gala de su manejo de la microficción, entregando un contenido de muy buena calidad, cargado de emociones y, a la vez, de verosimilitud, logrando una gran compenetración con los lectores. Sin duda, una colección para leer a conciencia y reflexionar.

TN



# TRAZAS NEGRAS

Disponibles en: [www.delibros.cl](http://www.delibros.cl)

¡Qué hiciste! ¿Lo mataste? ¿Lo mataste, Verónica! ¿Estás hablando en serio? Mírame. ¡Verónica, mírame! Por la mierda, lo único que faltaba. Te dije que te separaras, que no era bueno seguir juntos, que las discusiones, que los golpes, que las amenazas. Si ustedes nunca debieron volver. Te dije que era mala idea que regresaras... mierda, mierda, mierda, qué vamos a hacer, qué vas a hacer. ¿Alguien los escuchó? ¿Gritaron como otras veces? Sé perfectamente que esta casa es grande, que en el campo los gritos se pierden, pero uno nunca sabe, siempre puede haber alguien observando. Y sí, sí, mujer, ya sé que él te pegó primero, pero no era necesario llegar a tanto ¿Qué se te pasó por la cabeza? ¿Llamaste a alguien más? Mi mamita, que en paz descansa, tenía razón: ese tipo te endemonió. Yo tenía una corazonada, yo sabía que me podías llamar hoy, algo me lo decía. Júrame que no llamaste a nadie ¡Júramelo! Y déjame pensar. No me mires así, no llores. ¿Tienes miedo? ¿Cómo que pena? ¿Pena por qué? Si este maldito te hacía la vida imposible. A mí no me mueve un pelo su muerte, a mí me aterra lo que pueda pasar contigo. Imagínate si alguien se entera de esto, te irías a la cárcel... Ay, Dios mío, ayúdame a pensar qué hacer. Cuéntame cómo fue ¿Y estás segura de que está muerto? ¡No, no quiero ir a verlo! Ya es suficiente este miedo que me invade como para ir a grabarme su rostro en la memoria. ¿O sea que con el hacha lo enfrentaste? La rabia te hizo fuerte. No es fácil. Me imagino que estaba borracho. No, no quiero verlo, no insistas. Mírate las manos, Verónica. Anda a lavarte, cámbiate ese chaleco, péinate. Y deja de llorar, después habrá tiempo para eso. Aho-

ra, debemos deshacernos de él. Enciende la chimenea... ¡Cómo se te ocurre que lo vamos a tirar al fuego! Eso le va a pasar en el infierno al maldito. Con tanto alcohol en el cuerpo se nos inflamaría y no podríamos apagarlo ni con bomberos. El fuego es para secar la casa, porque la vamos a limpiar. Trae traperos. Trae paños, ropa vieja, lo que tengas porque hay que sacar las manchas de sangre de las paredes ¡Y que no, mujer! No iré al dormitorio a verlo. Tú limpias esa habitación. Necesitamos agua, cloro, una escoba vieja. Eso, muévete, muévete y no te rías, esa risita nerviosa me da miedo. Vieras cómo me late el corazón, si de hablar siento que se me saldrá por la garganta. ¡Verónica! Ven, ya lo pensé... lo vamos a enterrar, lo vamos a enterrar en el sitio. Sí, en el sitio. En el sitio, allá, cerca de la higuera, para que abone la tierra el desgraciado. Esperaremos a que oscurezca completamente para ir a cavar. Anda y métele la cabeza en una bolsa. Puedo acarrear un bulto, pero no verlo la cara. Nunca me ha gustado ver muertos. No vi ni a mi papito cuando se nos fue. Anda, que yo te espero. Mientras, dime ¿Dónde tienes una pala? ¡Con su misma pala al desgraciado! Diosito, si nos ayudas a salir de esta, te juro, por la medallita de la virgen que me dejó mi mamita, que nunca más dejo a esta pajarita irse con algún hombre. Es más, te juro que ninguna de las dos buscará marido. Y nos quedaremos solas, acompañándonos hasta viejas. Lejos de aquí, lejos de este pueblo de mierda que se hunde poco a poco. ¡Verónica, ya pues! Apúrate, mujer. Alúmbrame con tu celular, avanza y deja de llorar. Después que nos deshagamos del Rigoberto y todo esto pase lloraremos juntas. Y nos



abrazaremos. Y nos iremos a la ciudad. Pone el foco hacia la tierra, para ver dónde estoy cavando... Eso, ayúdame. Dale, con fuerza, una cavada y otra y otra, eso, sin cansarse. Yo también estoy sudando, pero no podemos descansar. Tráelo. Eso, con fuerza, arrástralo, déjame ayudarte de una pierna... ¡Tanto que pesa el odio, mujer! Dale, eso, ya falta poco ¡Que no se le salga la cabeza de la bolsa! Mira que me recago aquí mismo. Eso, sin bolsa al hoyo, así los gusanos se lo comen más rápido. Tíralo adentro no más. Dile chao a los días de encierro, a las golpizas, a las penurias. Eso, al hoyo el infeliz. Ahora tapa, tapa con tierra, vamos tirando dentro. ¿Creíste que fuéramos capaces de hacer un hoyo tan grande solas? Y es que juntas, hermanita, somos invencibles. Nadie echará de menos a esta porquería. Si te preguntan les dices que se fue para el norte a trabajar un tiempo. Luego nos vamos nosotras y le dices a la gente que vas a reunirte con él y listo. La justicia nunca llega a los pobres. Nadie va a reclamar la ausencia de un viejo alcohólico y abusador. Entiende eso,

Verónica. Aunque llores... —no dejes tirar tierra, hay que tapar el hoyo ahora—... aunque llores —vamos, toda la tierra encima— eso, aunque llores, él era un abusador. Mira que una niña de veintidós con un vejistorio de setenta ¿Dónde se había visto? Eso, dale, dale... yo creo que por ahí lo vamos a dejar. Ahora toda la ropa a la chimenea. Apúrate que está pronto a amanecer. Ahora tengo frío, ahora quiero abrigarme. Y recuerda, nada de esto a nadie. ¿Me escuchaste? Necesitamos descansar. Dormir. Luego, borrón y cuenta nueva. No era la idea matarlo, no somos asesinas, pero esto se veía venir. Ven, dame un abrazo. No llores ¿Por qué no me quieres abrazar? ¿Qué llamaste a quién? ¿Cómo que lo vas a extrañar? ¿Cómo es eso de que te arrepentiste? ¿Qué mierda es eso de la culpa? ¿De su carita pálida? ¿Qué estás diciendo? Nada de pobre viejito. Qué sabes tú de amor; Cállate! ¡Yo no lo maté! Tú lo hiciste, tú me llamaste... no, no abras la puerta, no dejes que ellos entren, no seas tonta, Verónica, no te entregues. No.

TN

## Lorena Díaz Meza

(1985, Santiago) Licenciada en Letras, profesora de Lenguaje y Comunicación. Ha publicado entre otros *Bajo llave* (2011), *Príncipe busca princesa* (2013), *Piratas de ciudad* (2020) y *Huir a mitad de la noche* (2020). Pertenece al colectivo «Señoritas Imposibles: Escritoras de narrativa negra» y al colectivo «REM. Red de escritoras microficcionalistas». Monitorea talleres literarios. Directora de Ediciones Sherezade.



## Señoritas imposibles Antología del microcuento negro



Por Sonia González Valdenegro

Según da cuenta la presentación de estas Señoritas Imposibles, el nacimiento del colectivo en que está el origen del libro data del año 2013 y busca relevar a las escritoras en la panorámica de la narrativa negra chilena. De manera que, y si quisiéramos contextualizarlo, más allá de la legítima iniciativa de un grupo de escritores, en este caso todas mujeres, que se reúne con cierta periodicidad para entregar una muestra del trabajo que han generado como un ejercicio de taller, esto es desde la realización laboriosa en el que sus productos se encuentran, deberíamos reconocer el propósito de ofrecer un trabajo que busca un espacio en la narrativa negra chilena, con lo que partimos del supuesto de que en Chile existe una narrativa negra.

Y esta es una premisa a celebrar porque, si estamos con los estudiosos del género, no hay otro, en la actualidad, que dé mejor cuenta de lo que está sucediendo en nuestra sociedad. Los microcuentos que presenta «Señoritas...» se inscriben en esa emergente tradición, con lo que quiero decir que no miran el hecho del crimen como un fenómeno aislado, que tiene lugar en un espacio aséptico donde es posible separar las cinco pelitas de naranja, sino que está contaminado de realidad, de ciudad, de gente que va y viene, que se empuja, se toca y respira en el interior del metro.

Fuera de nuestras fronteras hay importantes exponentes de la denominada literatura negra. Pensamos en Claudia Piñeiro, en Argentina; en Rosa Ribas, en España. Por mencionar algunas, sin dejar de lado a las chilenas que han explorado en el género, como Elizabeth Subercaseaux o la propia Isabel Allende.

Espacio hay.

Estos no son crímenes de salón. No podrían leerse, muchos de ellos, a la hora de la sobremesa, ya que trasantan la crueldad y el horror de las historias donde la violencia ha entrado por la puerta principal.

Las Señoritas han decidido contar esta realidad y han elegido el microcuento. Esto es un texto que se caracteriza tanto por la brevedad como por el giro inesperado. Más bien el guiño del narrador que sorprende al que está del lado de acá del libro, con una mirada distinta. Cabe la pregunta de si el género negro se presta para el microcuento o de si el microcuento de presta para el género negro.

Pareciera que sí. Porque en estos cuentos están los elementos: el crimen, el entorno, la investigación o el relato que precede sigue o es coetáneo al crimen. Dentro del primero, encontramos, de preferencia, el caldo base del crimen, el homicidio. Quienes aparecen como víctimas, muchas veces se lo buscaron.

Visiones del hecho criminal. Nos dice la introducción que encontraremos la del hechor, del investigador, del testigo y de la víctima. Y es que el crimen tiene muchas miradas.

Los lugares. El metro. Muchas veces el metro. La ciudad. La población. El espacio femenino de la casa.

¿Por qué matamos las personas? ¿Por qué asesinamos las mujeres? Asesinamos por venganza. Matamos por despecho. Volvemos a asesinar por venganza. En la mano femenina que empuña el arma están las huellas de alguna forma de violencia que devuelve el golpe, sin piedad.

De manera que a la hora de echar sobre la mesa a nuestros personajes, encontraríamos a la venganza respirando inmortal a través de los y las criminales de estos cuentos

Y aunque siempre se ha dicho que el veneno es un método femenino, las asesinas de este libro no le hacen asco a la sangre. Por el contrario. Existe una suerte de deleite, de cocina lenta en el uso del filo. El filo hiende, ilumina, sonríe, desposta. Uso algunos de los verbos que acompañan al filo.

La visión del hechor.

*Serial (Gabriela Aguilera V.) Una línea de brillo acerado tajea la oscuridad. El hombre desliza el hermoso filo que hiende el pellejo y luego la carne de su presa. Desuella, desposta. Mientras trabaja, se dice que un cazador de verdad es el que aguarda paciente, por días y noches, a que la mujer cruce el sendero, se extravíe en el monte y quede inerme en la oscuridad que la rodea, sin ver más que el brillo límpido del filo de un buen cuchillo de caza.*

Hay en este cuento, y ya lo dice el título, el arte del asesino en serie, que realiza su obra concebida como un gran trabajo de ejecución y resultado. El filo resplandece. Es un cuento oscuro con una sola luz que entra para iluminar el crimen. El homicida y el narrador despliegan igual pericia y técnica en la elección de las palabras y en el oficio de matar, en la espera, en el tiempo que toma llevar a cabo el proceso de la creación.

La visión del investigador.

*El final de la cacería (Francisca Rodríguez A.) En los breves instantes que estuvieron frente a frente, leyó en sus ojos el desprecio y la ira al ser sometido. Él, en cambio, después de meses de estar al acecho, de llegar a callejones sin salida, de seguir pistas que conducían a ningún lado, podía finalmente alzar la cabeza en señal de triunfo, mientras conducía al detenido hacia el vehículo policial.*

El cazador no es muy diferente a la bestia que persigue. Le duele la misma hambre de aguardar por meses. Finalmente la victoria está en aquel que levanta la cabeza de la presa en sus manos. La victoria no tiene moral. No es buena ni mala. Se trata simplemente de un juego en el que las partes miden fuerza y tenacidad.

La visión del testigo

*Inocencia (Karla Zúñiga M.) Asustado, el niño va donde la vecina que, en esos momentos, riega su jardín. Siempre recurre a ella cuando sus padres están discutiendo o golpeándose. —¿Qué ocurre? — pregunta. —Mamá y papá pelearon. Mamá está enterrándolo en el jardín.*

La mejor elección para un testigo hace de este un inocente, alguien que ignora de manera absoluta lo que ocurre ante sus ojos y a quien el destino sitúa de espectador. La voz del niño, casi sin entonación, como si refiriera hechos que ocurren todos los días, revela simplemente lo que ha visto. Extraiga el lector sus conclusiones; el narrador le ha dicho todo lo que necesitaba. O sea, constrúyase la imagen en su propia cabeza.

*Mal alumno (Lorena Díaz M.) ¡Cuántas veces tengo que decirte que SIN QUE SALGAN DEL AGUA! Concéntrate: aunque se muevan, tú mantenlos ahí, sumergidos, hasta que se queden quietos. ¿Acaso quieres que se nos llene la casa de gatos? Lo haría yo para mostrarte, pero no quiero sumar más años de mala suerte a mi vida, mira que ya estoy vieja. Así que apúrate, mira que te quedan tres más en la caja. Ya, deja de llorar y hazlo, es tu última oportunidad. Si no, volveré a hundirte en el balde con agua para que aprendas de una vez.*



## Doce agujas en un reloj

Nicole Hourton Balsells

EDITORIAL FORJA

En este texto, el testigo es forzado a participar, obligado a dar un paso al interior de la escena del crimen. La víctima nos recuerda las peores pesadillas que se nos han relatado, la de gatos recién nacidos ahogados antes de que abran los ojos. Pero en este caso el crimen tiene una doble connotación; lo es en cuanto se mata a los gatitos, pero también en tanto se hace su verdugo a quien fue asignado ese papel. El discurso es despiadado y hace innecesario, el narrador lo sabe, entregar la palabra a la víctima.

*Incondicional (Claudia Farah S.) Silvia espera su turno como todos los miércoles. Sólo cinco personas antes que ella. Veinte minutos y estará con su niño. Detendrá la pesadilla por una hora. Porque su niño no debía estar aquí, él era incapaz de hacer las cosas de las que lo culpan. Todo era un invento, seguro. Rapto. Estupro. Violación. Silvia nunca había escuchado esas palabras, no sabía el castigo que implicaban. Pero ahora las oye en los cuchicheos de las vecinas porque era por lo que «habían agarrado, por fin» a su niño. Las tres de la tarde en punto. El gendarme abre la puerta y grita a la primera persona de la fila: — ¿Nombre del recluso? Ella espera su turno y, tras la revisión de rutina, entra a la habitación maloliente que se ilumina con la sonrisa de un tipo bajito de dientes chuecos, sentado en el rincón con cara de cordero degollado.*

Gran pieza. Pudo ser una historia eterna. La madre del monstruo al que visita en la cárcel. Sabemos, desde el principio que el hijo nuestra protagonista es un criminal;

la voz del narrador nos lo muestra con los ojos de ella, los únicos que pueden verlo como lo que no es. El párrafo final nos devuelve a la idea de la fealdad como opuesta a lo bueno. Si lo bello es lo bueno, pues lo malo es lo feo. El criminal no tuvo entonces elección. Un cuento que nos deja con todas estas interrogantes.

La visión de la víctima

*De la negación (Fernanda Cavada D.) Ni que hubieras comprado todas las almendras del mundo, ni todos esos frasquitos, ni que supieras de química, ni que hubieses pactado un seguro a mi favor, ni que tuvieras un amante, ni tu sonrisa perversa, ni tu reacción sobreactuada cuando terminé de beber el whisky me prepararon para el dolor que vino después.*

En este texto habla la víctima en el momento de inteligencia final, el instante en que comprende todo, nos refiere el cómo y el por qué de un dolor que representa la respuesta a muchas interrogantes que se han construido a partir de los elementos con los que el criminal ha preparado la pócima letal: los frasquitos, las almendras, los conocimientos de química y el whisky, el último trago que imaginamos ofrecido con oficio de brujería.

Los anteriores son algunos de los microrrelatos. Fueron seleccionados para entregar un bocadillo que abra el apetito al plato de fondo que es esta muestra inteligente, bien cocinada, un banquete de crimen y horror en pequeñas dosis.

TN

*Amtología del microcuento negro, Señoritas Imposibles. Ediciones Sherezade / Septiembre, 2016 / 101 páginas.*



## A corta distancia

Mónica Montero F.

EDITORIAL SEGISMUNDO

Por Claudia Farah

Tengo que devolverme una vez más, siempre es lo mismo. Llego a la caja del súper y me acuerdo de la leche. Es que no paso por ese pasillo, inconscientemente lo tengo eliminado por históricas rencillas matutinas con mi madre y mi trabajo en la lechera. Regreso entonces obligada por el gastroenterólogo a cortar el café, de lo contrario el dolor sería insoportable. De mala gana, la señora con dos chicos bulliciosos que está después de mí en la fila acepta a vigilar mi compra.

El pasillo 24 es un mar de opciones lácteas: líquida, en polvo, entera, semi descremada, descremada, con lactosa, sin lactosa, extra calcio, en bolsa, en caja, de litro o medio litro. Me cuesta respirar. Pensar que ese líquido ligeramente espeso con partículas de materia grasa flotando puede determinar el alza de sueldos o impuestos, me asquea.

Recordar ese sabor amargo que persiste cuando desciende por mi garganta, llena de diminutos residuos provocados por el enfriamiento me provoca una arcada.

Compro dos litros de la oferta. Descremada para que no tenga esas cositas blancas flotando. En caja, para que no se derrame. Con lactosa, porque si no, no me sirve para el colon. Líquida, porque el sabor es más tolerable.

De regreso a la caja, me topo con dos señoras muy conversadoras en el pasillo 13. Ni siquiera me miran. Para ellas sólo soy una mujer de aspecto corriente.

Al llegar al departamento, guardo todo en su lugar. Los abarrotes en fila en el estante derecho. Las conservas en el mueblecito rojo sobre el refrigerador. Los artículos de limpieza en el mueble largo de la esquina. Las verduras

y la leche en el refrigerador. La leche, en la puerta, al alcance y fuera de la vista. La cartera roja de las señoras del 13 sobre la mesa de centro para vaciarla antes de usarla mañana con la blusa de flores del tono.

Ramón es uno de esos amigos que uno conoce por casualidad y se quedan para siempre. Siempre me invita al café de la esquina después del trabajo. Vamos siempre al mismo local a comentar nuestro día. Como de costumbre, está la chica de dientes grandes que cecea e inclina la cabeza cuando le haces el pedido.

Café cortado, sin espuma, sin canela, sin nada flotando, para mí. Un expreso para Ramón.

Ramón es un tipo simple tratando de ocultarse en ese gran cuerpo de hombre súper héroe. Agradece coqueto cuando la chica sirve los cafés. Me mira. Él sabe de la leche. Es el único que sabe. No entiende, claro, pero sabe. Mi café tiene espuma, ligera, pero tiene.

Sonríe mientras, como cada vez, retiro suavemente la espuma de la superficie del café. Ese magnífico brebaje fragante y sabroso que me veo obligada médicamente a contaminar con ese líquido insoportable que produce cosas gelatinosas si no tengo el cuidado suficiente.

Ramón me pasa una servilleta. Porque sabe que si la cuchara no está limpia cada vez que retiro un poco de espuma es un ejercicio inútil.

Muchas veces he calculado el consumo de leche que deben tener sitios como éste, más las casas, más los restaurantes. El mundo tiene una dinámica absolutamente dedicada a fomentar el consumo de leche. Detrás de eso hay grandes compañías que pagan precios miserables a los



pequeños productores para luego hacerse millonarios triplicando el valor de venta al destinatario.

Al salir del café, me despido de Ramón y veo cómo la ciudad se mueve ignorante de este fenómeno. Tipos de traje de sastre me sonríen en el semáforo absolutamente desprevenidos del fenómeno socioeconómico de la producción láctea mundial. Ajenos al poder del precio de la leche que determina las relaciones internacionales de los países y gestiona tratados de libre comercio con millonarias ganancias a grandes corporaciones sin importarles los animales. Da lo mismo, porque el más alto de ellos, sin saber, financiará la renta de este mes con su billetera de cuero importado, producto derivado y cómplice de todo eso.

Cada día, mi jefe pide a las once de la mañana un té con leche y miel. Cuando estoy agotada de sus demandas, suelo dejar la leche destapada y la puerta del refrigerador entreabierta.

Él no lo sabe. Nunca entiende mucho lo que hago y tengo la sensación que poco le importa. No parece un

mal tipo, tiene esa mirada extraña, como si quisiera escudriñarme, decirme algo, pero no lo hace.

El martes pasado fue diferente. Como siempre ordenó su té, con leche y miel. El chico de las compras no había llegado y el día anterior boté la caja vacía de leche.

Llegué con la bandeja y cuando vio sólo la miel, me miró a los ojos y con voz extraña dijo: «entonces, tú tendrás que darme de tu leche», bajando la mirada. No recuerdo bien qué dije pero logré moverme para evitar que me ordeñara pero sí recuerdo la vista desde el balcón de su oficina, único en el edificio donde fuimos para darle un empujón a nuestra situación.

Los abarrotos en fila en el estante derecho. Las conservas en el mueblecito rojo. Lo de la limpieza en el mueble largo de la esquina. Las verduras en el refrigerador. Leche no traje porque no la puedo pagar desde que las acciones de la compañía lechera se cayeran luego del extraño suicidio del dueño que saltó del, ahora clausurado, balcón en el décimo quinto piso una mañana a las once. **TN**

## Claudia Farah

(1976, Santiago). Periodista y magister en filosofía, política y economía de la Universidad de York, Inglaterra. Autora de *Transeúntes* de la Colección Agatha II (Ediciones Imposibles, 2020) y fundadora del Colectivo Señoritas Imposibles con quienes ha publicado en la antología homónima (Ediciones Sherezade, 2016) y en el *Invitado a tomar el té* (Ediciones Imposibles, 2018). Participó de los talleres de Pía Barros y publicó en los libros objeto de Ergo Sum en 2006, 2007 y 2008. Sus textos han aparecido en la antología *Basta! +de 100 mujeres contra la violencia de género* (Asterión, 2012); en los paraderos del Transantiago para la difusión del III Festival Santiago Negro 2014; *El ojo de Lilith, antología de microficcionistas chilenas* (Ediciones Sherezade, 2018) y en *Gestos de escritura* (Ediciones Sherezade, 2020).



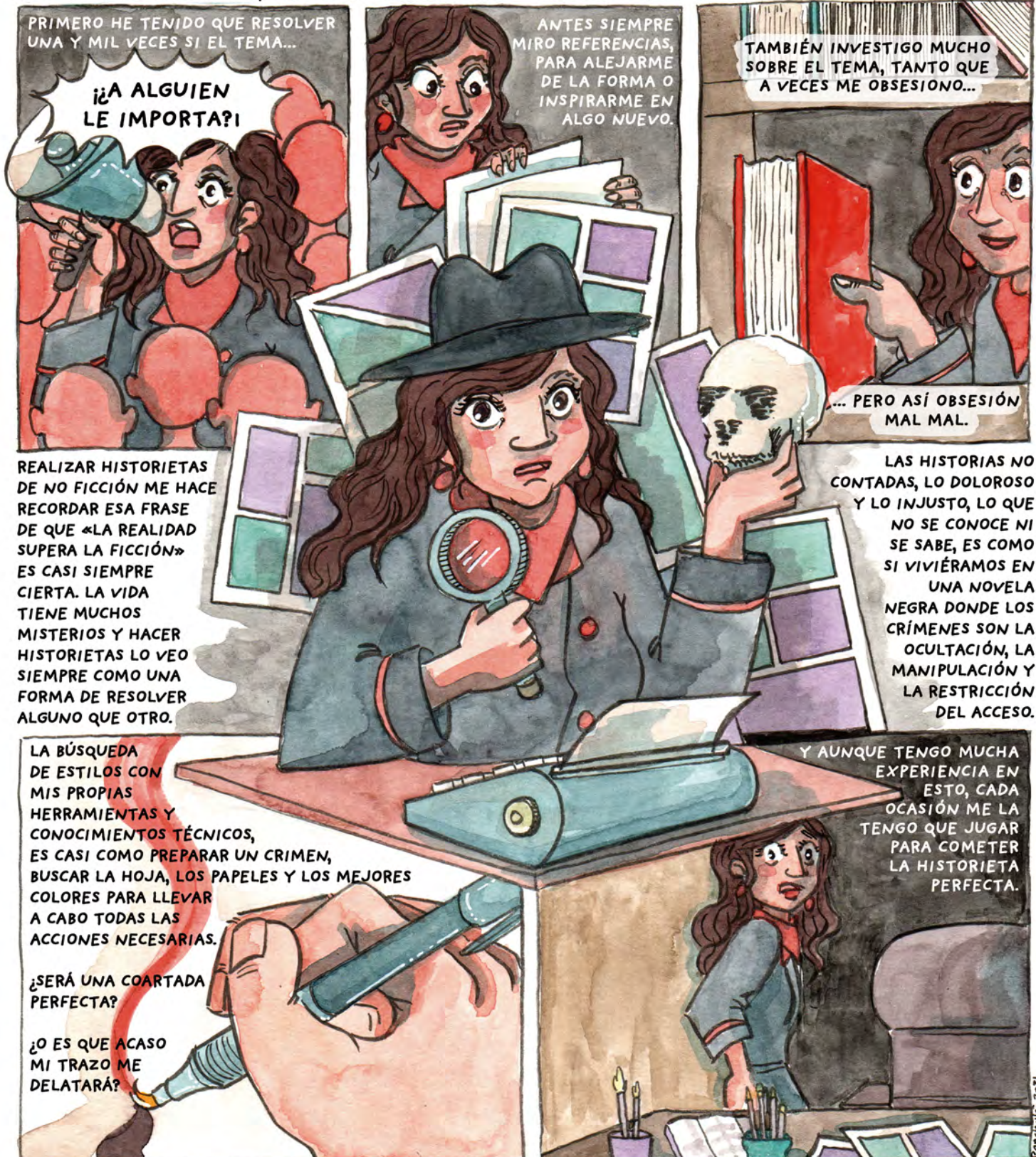
# Haciendo una HISTORIETA

La coartada (casi) perfecta para cuando hago una nueva historieta

por PANCHULEI

LES VENGO A CONTAR ALGO QUE PROBABLE Y OBIAMENTE DEBEN DE IGNORAR. PUES QUE CADA VEZ QUE ME PONGO A HACER UNA NUEVA HISTORIETA ME SUMERJO EN TODA UNA AVENTURA LLENA DE OBSTÁCULOS. FÁCIL SERÍA TOMAR UN LÁPIZ Y PAPEL, SENTARSE Y ¡PAFI PONERSE A HACER UNA

HISTORIETA, MAS LA REALIDAD DISTA BASTANTE DE ELLO. NO QUIERO QUE PIENSEN QUE TODOS LOS PROCESOS DE CREACIÓN Y PRODUCCIÓN DE HISTORIETAS SON IGUALES ENTRE SÍ, PERO ESTA ES UNA PEQUEÑA MUESTRA DE LOS MISTERIOS QUE DEBO RESOLVER EN MI TRABAJO A DIARIO.



PRIMERO HE TENIDO QUE RESOLVER UNA Y MIL VECES SI EL TEMA...

¿A ALGUIEN LE IMPORTA?!

ANTES SIEMPRE MIRO REFERENCIAS, PARA ALEJARME DE LA FORMA O INSPIRARME EN ALGO NUEVO.

TAMBIÉN INVESTIGO MUCHO SOBRE EL TEMA, TANTO QUE A VECES ME OBSESIONO...

... PERO ASÍ OBSESIÓN MAL MAL.

REALIZAR HISTORIETAS DE NO FICCIÓN ME HACE RECORDAR ESA FRASE DE QUE «LA REALIDAD SUPERA LA FICCIÓN» ES CASI SIEMPRE CIERTA. LA VIDA TIENE MUCHOS MISTERIOS Y HACER HISTORIETAS LO VEO SIEMPRE COMO UNA FORMA DE RESOLVER ALGUNO QUE OTRO.

LAS HISTORIAS NO CONTADAS, LO DOLOROSO Y LO INJUSTO, LO QUE NO SE CONOCE NI SE SABE, ES COMO SI VIVIÉRAMOS EN UNA NOVELA NEGRA DONDE LOS CRÍMENES SON LA OCULTACIÓN, LA MANIPULACIÓN Y LA RESTRICCIÓN DEL ACCESO.

LA BÚSQUEDA DE ESTILOS CON MIS PROPIAS HERRAMIENTAS Y CONOCIMIENTOS TÉCNICOS, ES CASI COMO PREPARAR UN CRIMEN, BUSCAR LA HOJA, LOS PAPELES Y LOS MEJORES COLORES PARA LLEVAR A CABO TODAS LAS ACCIONES NECESARIAS.

Y AUNQUE TENGO MUCHA EXPERIENCIA EN ESTO, CADA OCASIÓN ME LA TENGO QUE JUGAR PARA COMETER LA HISTORIETA PERFECTA.

¿SERÁ UNA COARTADA PERFECTA?

¿O ES QUE ACASO MI TRAZO ME DELATARÁ?

## El desvelo

de María José Poblete

Por Julia Guzmán Watine



*El desvelo*, primera novela de María José Poblete (1976) comienza con el hallazgo del cuerpo sin vida de Felipe Lira Valdebenito. Él se suicidó sin dejar claro cuáles fueron sus motivaciones. Felipe deja una carta (bastante hermética y lacónica) dirigida a su madre con indicaciones para que se haga cargo de unos documentos secretos como único legado de su hijo.

A partir de esta muerte se movilizan los hermanos de Felipe: Antonia (la protagonista de esta historia) y Joaquín. Ambos viven en el extranjero, ella en Londres y Joaquín en Los Ángeles. Antonia guarda un rencor a su país de origen y se ha creado una imagen difusa, crítica y parcial de su familia. No vuelve a Chile desde que se autoexilió, como única solución al encierro que provocaban las segregaciones, las omisiones y las mentiras que envolvían a su familia. Familia que se presenta como un espejo de una sociedad conservadora y cínica que acepta tácita y explícitamente conductas, orientaciones de voluntad y verdades que separan, dirigen y asientan una realidad a medias expresada e impuesta para mantener una imagen ilusoria de bienestar y equilibrio.

Santiago aparece como un escenario mudo que acompaña a Antonia en su reconocimiento. Pero ella lo siente ajeno. Los cambios, las permanencias, los olores y sensaciones van despertando un sentimiento ambiguo de descubrimiento y nostalgia forastera. Es quizá también otro espejo del reencuentro de la protagonista con su propia historia.

En este sentido, el regreso de los dos hermanos obliga a una revisión y reelaboración de la historia basada en «ponerse de acuerdo», ya que este relato aceptado por todos cubre superficialmente las grietas que marcan el pasado de la familia. Esta creación de fábulas de buen gusto omite abusos, maltratos, frustraciones, rechazos, segregaciones, en fin, mantienen el equilibrio precario que se derrumbará con el suicidio de Felipe.

De hecho las dos primeras partes de la novela, se refieren a esta búsqueda de la verdad por parte de Antonia y de su hermano Joaquín, quienes han existido como islas errantes en sus vidas en el extranjero. Ellos han marcado un presente perpetuo que no se afirma en una identidad ni en una pertenencia, dado que huyeron de su país de origen con fragmentos inconexos, donde las mentiras y omisiones eran insuficientes en la creación de una historia personal.

En la tercera parte de la novela, aparece la última develación: la historia de Felipe. Ésta se presenta como consecuencia ineludible de la trayectoria familiar, basada en la búsqueda de aceptaciones ajenas, la historia sustentada en mentiras y en las apariencias que dan poder a los dueños de «la verdad», los que fácilmente pueden provocar la promoción, quizá deseada por algunos, de víctima a victimario.

La novela tiene una prosa perfecta, la información develada es paulatina y obedece a las voces de un narrador heterodiegético y a los testimonios de los personajes antes mudos.

Los personajes son opacos, complejos, ambivalentes. Se presentan, en un primer término, por medio de las miradas ajenas, quizá estereotipadas por parte del lector (y de los hermanos expectantes y prejuiciosos) que nada saben. Sin embargo, a medida de que se van trasluciendo las verdades ocultas, los personajes toman forma, muestran los matices, las motivaciones, las excusas (muchas veces injustificadas) de sus acciones, discursos y omisiones. Lo anterior, naturalmente, no expía culpas ni responsabilidades, pero para hacerse una idea o un juicio es necesario conocer esta historia y juzgar con conocimiento de causa.

*El desvelo*, María José Poblete.  
Aguilar Chilena Ediciones S.A. Santiago, 2011.

Lentamente, con una corta vela lubricada buscaba a tientas entre sus nalgas. De espaldas sobre su cama, con las piernas flectadas sobre el pecho y los ojos cerrados, como un feto crecido, presionaba inexperto al tiempo que jadeaba. Esperaba a que el rechazo se atenuara para continuar entrando, dilatando, ganando cada centímetro, hasta no tener fuera sino el puño aferrado a la vela y sentir por vez primera su cuerpo succionando. Contuvo la respiración y comenzó a girar su prolongación de cera, a entrar y retirar, dejando un vacío que volvía a llenarse. Sin abrir los ojos buscó su miembro que palpitaba hirviendo, solitario, lo rodeó con la palma de su mano que recogió la gota espesa que asomaba, sobó en redondo el glande con la palma humedecida y la descendió lubricada por los bordes. Penetrante y penetrado, el jadeo se iba haciendo gemido. Con el trozo de vela presionaba suavemente en la oscuridad húmeda haciendo sonar cuerdas de su cuerpo nunca oídas mientras la palma de su mano volvía a subir al cojín de piel que escurría nuevas gotas tibias. Su cuerpo entonces se crispó como electrificado, se le plantaron los pies sobre la cama y se elevaron las rodillas y los muslos, adelante y atrás, el mentón pegado al pecho, su cuerpo un puente, un arco, un arcoíris, adelante y atrás, las manos se acompasaban, al mismo ritmo puño y palma, adelante y atrás, los nudillos golpeaban entre las nalgas, adelante y atrás, las caderas azotaban el aire, adelante, olas espesas subían por su falo erguido hacia el techo de la pieza, adelante, hasta que el cuello se le estiró hacia

atrás quedando su cabeza mirando hacia el respaldo, adelante, y la boca se le abrió, enorme, adelante, adelante, y dejó salir un bufido ahogado, un alarido mudo que acompañaron la descarga blanca que cayó sobre su ombligo.

De su puño abierto rodó la vela engrasada.

—¡Pablo!— oyó a lo lejos los gritos de su madre. —¡Ya están partiendo al río!— le gritaba por el pasillo, por la cocina y el baño.

Con el esfuerzo que le toma a un muerto resucitar, saltó Pablo de la cama, se pasó la mano por las mechas desordenadas, se limpió con la toalla el ombligo aún mojado y se puso un traje de baño, todo a tiempo de alcanzar a los tíos, tías, primas y primos que partían en un barullo de abejas con la toalla al hombro, los hombres por un lado, las mujeres por otro, algunos corriendo, otros perdidos en el último sueño de la noche que arrastraban. A pesar de la hora temprana, el calor les picoteaba ya las nuca, preparándose detrás de la Cordillera para caer en sol brillante y polvo. Las mujeres doblaron hacia el tranque y los hombres siguieron la marcha por pastizales y pequeños bosques hasta que se les humedecieron las frentes, se les mancharon los sobacos y entraron a una poza del río en una algarabía de piernas, gritos y brazos.

Salvo Pablo.

Tendido bajo un canelo, con la polera y los pantalones todavía puestos, perdió su mirada en la manada de tíos y primos esmerados en su aseo matutino y la dejó reposar

en la espalda morena de Gonzalo, en sus muslos poblados de músculos, en su mandíbula ahora firme y cuadrada.

¿En qué momento su primo había dejado atrás la proporción adolescente?

—¿Qué le pasa? ¿Tiene frío la señorita?

El vozarrón de Roberto le llegó desde el río como una bofetada. Riendo de su propio chiste, repetía la pregunta acompañada cada vez de una nueva morisqueta, haciendo vibrar las gotas prendidas de los pelos de su pecho y de su espalda. Con la risa ronca a cigarrillo, a noches de juerga y de cantina, el viejo se refregaba el jabón por los brazos y el vientre mientras los demás jugaban como si nada, queriendo olvidar, los mayores, su propio tiempo de burlas; sospechando, los más chicos, un futuro adjetivado. Primos y primas de otros tiempos habían partido sin más que la rabia al hombro, desvaneciéndose en una mina del norte o en la calle cualquiera de un pueblo cualquiera, ahí donde el patriarca de turno no fuera más que un recuerdo porfiado. Nadie había vuelto a mencionarlos en la mesa, no quedaba rastro de sus rostros ni alguna fotografía en la pared de la casona, pero sus hazañas acompañaban la infancia de los que venían. Pablo pedía a menudo coraje a los ausentes, como ahora; les inventaba una cara, les prestaba sus ademanes y los imaginaba en un salón de la capital, en la cubierta de un barco o cantando en un teatro de alguna ciudad argentina.

—¡Ya pues! ¿O es que además es cochina la niñita?

Pablo comenzó a desvestirse para entrar al río con los otros.

El agua corría transparente hacia el Pacífico haciendo ronronear las piedras del lecho, retorciendo su miembro entre los vellos delgados. El mismo sol que le daba en la espalda iluminaba unos metros río abajo el pelo oscuro de Gonzalo que jugaba con los más chicos. Avanzó hacia él y vio cómo su larga sombra mañanera se acercaba a su primo como una serpiente acuosa.

Al rozar de su sombra con Gonzalo se detuvo.

Aspiró con la nariz todo el aire que cabía en su pecho y, rodeando con sus brazos las rodillas, se dejó caer apuntando la cabeza hacia el lecho del río. El sonido de las piedras se mezclaba con el ruido ahogado de las risas. La corriente lo empujaba, se bifurcaba tras sus muslos, penetraba sus orificios con su lengua helada, lamiendo entre el hueco de sus piernas. Sobó con una de sus manos el miembro entumecido, bajó hacia los pequeños sacos recogidos de frío, siguió la curva hasta sentir por primera vez con sus dedos el anillo nervioso que apretaba como

encías y palpó las paredes blandas, cálidas, hasta ahora ocultas.

Sacó la cabeza de golpe para rellenar de aire sus pulmones. Se estaban yendo.

Virginales, helénicos, miró a sus primos saliendo desnudos. Gonzalo cerraba las filas con sus nalgas de cera y salpicaba de agua a los primos rezagados. Pablo era el único en el río. Respiraba con bocanadas asmáticas, avanzando a pasos lentos y largos, intentando calmar el fuelle de su pecho. No quedaba nadie en la orilla. Nadie salvo Roberto.

—¿Qué hacías escondido bajo el agua? ¡Como puta loca dando tanta vuelta! Ya está bueno de tonteras. Habiendo mujeres tan lindas... ¡En esta familia no hay maricones pervertidos, así es que no nos vengas con huevadas! ¿Acaso el inútil de tu padre lo sabe? Le repetí a tu madre veinte veces y no quiso escucharme: solo mugre engendra un pusilánime como ese.

No gritó, no pateó, no lanzó un combo certero que reventara la nariz redonda y roja de Roberto. Dejó que lo insultara, que se burlara de su padre y se alejara entre boldos y canelos con la toalla al hombro. Una vez más su tío se llevaba la partida y él se quedaba rumiando con rabia las respuestas que pudo dar, pero no dio. Roberto impune, como siempre, como todos los Roberto de la historia, porque él se había acobardado.

Hacía un buen rato que habían vuelto del río y el hambre estaba poniendo a todos de mal humor. Sólo faltaba Pablo.

Desde la cocina lo vieron venir corriendo con las sandalias mojadas y sus largos brazos de adolescente. La toalla flameaba en su mano derecha. Traía la cara colorada y atravesada de lágrimas. El enorme niño de catorce años, llamaba entre sollozos a su madre. La puerta de la cocina se abrió de golpe y salió Amelia apresurando los brazos hacia su guagua crecida que lloraba el nombre de Roberto.

—¿Qué tiene mi niño? ¿Qué le ha pasado? ¿Qué le dijo ahora su tío?— le preguntaba mientras le besaba la frente, pero Pablo no respondía, enroscado al cuello de su madre mientras la familia curiosa se congrega alrededor.

Sin cruzar la vista de ninguno de los mirones, salieron abrazados y atravesaron la casona, hasta entrar en el dormitorio de Pablo. Amelia cerró la puerta de madera y su hijo se derrumbó sobre la cama, entre velas y cuader-

nos. —¿Qué le hizo Roberto a mi niño?— le preguntó mientras le acariciaba la cabeza escondida en la almohada.

Cuando entró a la sala, algunos leían libros de verano, otros tejían una bufanda o llenaban los puzles de los diarios viejos. Roberto estaba sentado en una silla tomando un bajativo, con la mirada sumergida en el líquido oscuro. Amelia no había llegado al almuerzo y nadie había reclamado su presencia, ya habían levantado los platos y del café solo quedaba el olor. Nada se movía en la casona, hasta las moscas veraniegas esperaban antes de volver a su acecho inmundo. La mujer venía con las ojeras más negras que de costumbre y las manos rojas de tanto retorcer

el mango del sartén que había tomado de la cocina. Caminó hacia la espalda regordeta de su hermano, encorvada sobre la pequeña copa. La cabeza de Roberto colgaba de los pliegues de su cuello inexistente. Al estar lo suficientemente cerca como para oler el vino transpirado por su nuca, levantó el sartén de fierro y, como una cachetada ancestral, como el palo de la chueca a la pelota, lo azotó de costado sobre su rostro carnoso, ahora mitad rostro, mitad masa amoratada y pronunció con voz fuerte para quien quisiera escucharla:

—A Pablo lo violó en el río.

TN

## María José Poblete

Escribe narrativa, teatro y poesía. Publicó la novela *El Desvelo con el sello* Suma de Letras (2011) y el libro infantil *Somos Diversidad* con La Bonita ediciones (2020).



# Por ti, por mí, por todas

Estefani con E

[www.rileditores.com](http://www.rileditores.com)

Trece años puede ser poca edad para que una niña ponga el cañón de una Magnum al pecho de un hombre. A Sara le temblaban las manos. El arma era pesada y fría, mucho más de lo imaginado. Había presenciado demasiados balazos durante mucho tiempo, la mayoría en contra de los cuerpos de las muchachas que habían tratado de escapar. Las más afortunadas recibían un golpe en la cabeza con la culata de la pistola que las aturdía. Eran tantas las chicas que Sara había visto desfilar en esa casa situada en medio de la nada, que ya no podía permitirse a esperar más.

Su llegada había sido circunstancial, casi un error. Venía junto a su hermana como regalo para el Galgo, hombre de cejas elevadas, arrugas secas y encendedor dorado de metal que movía entre los dedos. Había que conocerlo muy bien para anticipar sus acciones. Nunca había estado preso; su mayor habilidad era desaparecer en el momento preciso. Temía correr la misma suerte de su padre a quien lo habían apuñalado a los pocos días de ser recluido en la cárcel pública. Se rumoreaba que tenía una hija, pero que en el cumpleaños número dos, la madre se la había llevado lejos. Quizás eso hacía que a pesar de ser un hombre que lucraba con cuerpos y virginidades, a veces, solo a veces, se permitía un momento de humanidad. Como cuando le dejaron a Sara como regalo —para que disfrute de un caramelo—, ese fue el mensaje con el que venía la niña. Fueron dos miradas, una hacia Sara y la otra directo al recadero.

—Dile a tu jefa que mis dulces los elijo yo, que mi negocio es transaccional con las que ya tienen culo y tetas. Que no me mande nunca más a una con pañales—. Tras ello, el más leal de sus trabajadores, y que de paso parecía disfrutar el encargarse de los asuntos del jefe, estiró su

brazo para tomar a Sara del cabello y sacarla afuera. Los gritos de Verónica, hermana de Sara, le hicieron acreedora de un sangrado de boca, a lo que el Galgo señaló que mantenerla ahí por un tiempo, serviría de perspectiva para que las próximas se sintieran afortunadas de no tener seis años.

Verónica alcanzó a estar dos semanas con Sara antes que la subieran al transporte; en ese poco tiempo le contó todas las historias posibles a Sara, a quien le gustaba mucho el cuento del conejito que saltaba entre la hierba en busca de zanahorias, tenía grandes orejas y era valiente porque el zorro nunca lo pillaba. Con pedazos de lo que pudo encontrar, le hizo algo parecido a un conejo para dejárselo como recuerdo. Durante la noche la abrazó con mucha fuerza, aquel apego debía durarle toda una vida. Al día siguiente, antes de que llegaran a buscarlas, comenzó el cóctel de drogas para que el viaje fuera sin percances. Sara no quiso mirar. Estuvo a punto de llorar, pero si lo hacía, el Galgo la mandaría al pozo.

Para sobrellevar la soledad, limpiaba baños, lavaba loza y recogía vómitos. El tiempo pasaba mientras que ella hacía todo lo posible para hacerse necesaria. Había un cocinero que decía era de ayuda. Casi no hablaba, cuidaba como loba su cama porque en ella escondía el regalo de su hermana. Con el tiempo aprendió a ser casi invisible, buscaba ropas que le quedaran grandes para ocultar el cuerpo que reventaba por su piel. Curvó su espalda para ocultar su estatura, y cuando alguno de los hombres la manoseaba por debajo de la falda, Sara emitía una risa irritante.

A los doce años ya parecía ser parte de la casa, ponía a helar cervezas los días en que llegaba la mercancía, a los hombres se las servía antes de que tuvieran que partir nue-



vamente. Al Galgo le limpiaba su oficina, en el escritorio tenía siempre lo mismo; una cajetilla de Marlboro sin abrir, una foto de la hija que le hacía falta, una libreta donde anotaba el número de jóvenes que entraban y salían. En un cajón vacío guardaba la Magnum, que el Loro, su amigo policía le había regalado.

Era martes, una de las pocas veces en que la casa permanecía vacía. Solo estaba el Galgo con su hombre de confianza; su limpiador, ese que convertía los problemas en cadáveres.

Sara había subido al segundo piso a la oficina del Galgo a limpiar y recoger los vasos que éste mantenía con restos de whisky sobre su escritorio. Ese día se encontró con un vaso a medio beber, por lo que como en otras ocasiones, lo hizo desaparecer de un sorbo. Pensó que, si hubiera nacido hombre, así como el Galgo o los otros, su vida habría sido distinta. Podría haber protegido a su hermana. Abrió el cajón y acarició la Magnum, que le pareció hermosa y brillante.

Sumida en sus pensamientos, no escuchó las pisadas del Galgo sobre la escalera. Cuando levantó la vista, él estaba en la puerta con su cuerpo grande tapando la única salida. Sorprendió a Sara hurgueteando entre sus cosas. El conejito que le había dado Verónica estaba en el bolsillo de ella y

quería escapar, sabía cómo huir de los sabuesos. El Galgo no alcanzó a dar un paso cuando un cañón apuntaba su pecho. Sara temblaba. Intentó jalar del gatillo, pero no pudo. El Galgo adelantó un paso para arrebatarse la pistola, en tanto el miedo invadía a la muchacha y en un último intento por seguir con vida, apoyó ambas manos para presionar con el alma el gatillo del arma.

La primera bala detonó bajo la nuez de adán del hombre que se desplomó dejando pasar la claridad por el marco de la puerta. Tirado en el suelo emitió un gorjeo. Otro tiro lo dejó de la misma forma en que quedaban las chicas que intentaban escapar. Sara sentía los oídos atiborrados por el vacío, en tanto el hombre leal del Galgo se apuraba en sacar su revólver. Ella cerró los ojos y disparó hasta vaciar el cargador. Entre el humo caminó evadiendo ambos cuerpos. Sacó el conejo de su bolsillo y se puso a correr esperando que una bala atravesara su espalda. Corrió junto al conejo de papel entre la hierba hasta más no poder. La carretera estaba cerca, intentaría detener un vehículo. No tenía ningún lugar a donde ir, pero de seguro, algo se le ocurriría.

TN

## Maritza Delgado

Ingeniera. Mención honrosa, 9º Concurso de Cuentos Teresa Hamel 2019. Ha sido publicada en *Hokusai Antología microrrelatos* 2019, *Cactus Literario* 2020, *Antología de minificciones Brevirus* 2020 y *Antología Deja que el mundo te cuente lo que pasó*, España. Invitada a lecturas Feria del Libro Viña del Mar 2021 y Fip Palabras en el mundo 2020, 2021.



## Apuntes pendientes de nosotras, las otras.

Por Paula Ilabaca Núñez

1-. Este texto parte con un correo. Poco antes del estallido social, intercambiamos correos electrónicos con Elizabeth Subercaseaux. Me contacté con ella porque estaba obsesionada con conocer autoras de novela negra y policial en Latinoamérica y Chile, ampliamente conocido como noir. Recuerdo tardes googleando de todos los modos posibles quiénes estaban en el mapa. En un artículo, ella era nombrada como una de las «damas del policial». Conseguí su correo y le escribí en el contexto de que tenía una idea en mente que no he desechado: hacer un libro de conversaciones literarias con mujeres chilenas del policial. En mi lista estaban Gabriela Aguilera. Julia Guzmán. Valeria Vargas. Sigo buscando a Alejandra Rojas, autora de *Stradivarius penitente*. En fin. El punto es que Elizabeth se sorprendió con mi correo y pregunta. Parfraseando su respuesta dijo que ella veía esos textos policiales como ejercicios literarios. Me interesó ese punto. La línea entre la crítica y lo que una autora opina de su obra. Algo hay aquí, pensé. Mantengo este pensamiento.

2. Para comenzar, la escritura del género negro o policial, está ampliamente relacionada con lo masculino. Culturalmente hablando. Crímenes. Homicidios. Estafas. Gánsters. Locura, drogas, sexo y delito, protagonizados por hombres que van detrás de hombres que corren detrás de otros hombres. Es interesante y también añoso, lo declaro, reflexionar acerca del lugar de las mujeres en todos estos enigmas. Hablar sobre género —policial, negro, criminal— al interior de un género —narrativo— es como pillarse sola al interior de un laberinto. Creo que las autoras que nos dedicamos al noir, nos es común sentirnos solas en un género que se ha reconocido muchas veces a sí mismo como paria o maldito, demasiado oscuro en el campo que la Literatura misma nos ofrece. Sobre todo en

el correr de estos últimos años en los que el tema de una biologización de la escritura nos ha tenido pendientes, atentas a lo que se discute sobre este tema. Si me permiten la paradoja, me gusta desarrollar, potenciar la idea de ser mujer y escribir. Pero también me gusta lo que dice Deleuze sobre la escritura: «(...) es inseparable del devenir; escribiendo se deviene-mujer, se deviene-animal o vegetal, se deviene-molécula hasta devenir-imperceptible».

3. Hace ya casi un año nos reunimos en la virtualidad, en los Diálogos en torno al libro y la escritura, organizado por la Escuela de Literatura de la Universidad Finis Terrae. Nos dimos cita con Gabriela Aguilera, Julia Guzmán y Valeria Vargas en una junta que nombré: Las otras, una conversación pendiente con autoras de género negro y criminal en Chile. Me gustan estas palabras: junta, conversación. Me gustan en el contexto de lo biologizante, en una idea de compartir nuestras subjetividades, divagaciones; en el punto justo de una cercanía y cierta distancia con la academia, lo formal, lo estrictamente teórico. A continuación recopiló los mejores momentos de una inolvidable conversa que se gestó a partir de las siguientes preguntas generales: ¿Lo noir es un momento de sus obras o piensan en la conformación de una obra dedicada al noir? ¿Cuáles son sus perspectivas y apreciaciones entre género (masculino, femenino) y *noir*?

4. Obra. Gabriela Aguilera habla de una vida dedicada al noir y que eso es lo que ella escribe. No es una experiencia. Es una poética. Valeria Vargas mencionó que lo noir le acomoda porque no se expone demasiado, y que la novela negra es, como ya se ha dicho antes, una representación de novela social. Julia Guzmán dice que es la forma que más le acomoda para escribir. Sus proyectos

están pensados en torno a esa modulación, su forma de expresarse, aunque no niega un coqueteo con lo fantástico.

5. Género. Valeria Vargas nos contó que llevaba muchos años leyendo novela negra y había en ella desazón, ya que los personajes masculinos lo pasaban bien y los femeninos estaban en un segundo plano o incluso eran las víctimas. Es así como ella elige a una mujer y que se cuente la historia desde una primera persona: entrevistando a sospechosos, pasando por obstáculos. Gabriela Aguilera escinde la idea de que se escribe desde el género, no cree que un hombre decida escribir novela negra porque es hombre. Considera que toda la escritura pasa por el cuerpo, citando a Pía Barros; cree, además, que siempre se escribe la misma historia, desde distintas técnicas y perspectivas. En el noir la mujer es víctima y seductora, pero no es la que lleva la acción, no se le ocurren las cosas. Agregó que la escritura negra de las mujeres tienen una

profundidad emocional, abundante, profunda y magistralmente se ocupan de eso. Julia Guzmán se suma a la idea de que la novela negra es una reflexión sobre la sociedad. Ella escribe sobre un detective que escucha a las mujeres que han sido castigadas por el patriarcado. Agrega que no tiene certeza de cómo piensan los hombres ni las mujeres, que sabe cómo piensa Miguel Cancino y ni siquiera. Considera que hay que mostrar subjetividades y dejar de lado los estereotipos que definen a los hombres.

6. Me permití parafrasear estos apuntes, ideas que quedaron en mí después de esa conversación. Parafrasearlos y constituirlos como fragmentos, voces y palabras que unidas nos llevan hacia una configuración de un pensar femenino de tipo negro, policial y criminal, que creo nos conduce sí o sí a muchas otras juntas y conversaciones con tantas otras autoras. Pasando por esa línea entre lo que pensamos juntas y lo que se piensa de nosotras. **TN**

## Paula Ibacá Núñez

Escritora, docente y editora, con más de quince años de trayectoria y publicaciones. Magister en Educación Superior, Licenciada en Letras y Profesora de Castellano por la PUC, Diplomada en Periodismo y Crítica Cultural de la Universidad de Chile y Diplomada en Administración Cultural por la PUC. Premio Pablo Neruda 2015, Premio Juegos Florales 2014 categoría novela policial *La regla de los nueve*. Premio de la Crítica de Prensa UDP por su libro de poesía *La perla suelta*. Funda el año 2016 la editorial «Cástor y Pólux» junto al poeta y editor David Villagrán, que a la fecha reúne 15 títulos de poesía e ilustración. Actualmente se dedica a la docencia y a talleres literarios. Su último libro publicado fue *Penínsulas*, poesía, RIL Editores, 2019. Está próxima a aparecer su segunda novela policial *Camino cerrado*. Más información en [www.paulailabacanunez.com](http://www.paulailabacanunez.com)



## Fragmentos de Chile

Cecilia Aravena

ESPORA EDICIONES

## El vástago

Silvina Ocampo

Hasta en la manía de poner sobrenombres a las personas, Ángel Arturo se parece a Labuelo; fue él quien bautizó a este último y al gato, con el mismo nombre. Es una satisfacción pensar que Labuelo sufrió en carne propia lo que sufrieron otros por culpa de él. A mí me puso Tacho, a mi hermano Pingo y a mi cuñada Chica, para humillarla, pero Ángel Arturo lo marcó a él para siempre con el nombre de Labuelo. Este de algún modo proyectó sobre el vástago inocente, rasgos, muecas, personalidad: fue la última y la más perfecta de sus venganzas.

En la casa de la calle Tacuarí vivíamos mi hermano y yo, hasta que fuimos mayores, en una sola habitación. La casa era enorme, pero no convenía que ocupáramos, según opinaba Labuelo, distintos dormitorios. Teníamos que estar incómodos, para ser hombres. Mi cama, detalle inexplicable, estaba arrimada al ropero. Asimismo nuestra habitación, se transformaba, los días de semana, en taller de costura de una gitana que reformaba, para nosotros, camisas deformes, y los domingos en depósito de empanadas y pastelitos (que la cocinera, por orden de Labuelo, no nos permitía probar) para regalos destinados a dos o tres señoras del vecindario.

Para mal de mis pecados, yo era zurdo. Cuando en la mano izquierda tomaba el lápiz para escribir, o empuñaba el cuchillo, a la hora de las comidas, para cortar carne, Labuelo me daba una bofetada y me mandaba a la cama sin comer. Llegué a perder dos dientes a fuerza de golpes y, por esa penitencia, a debilitarme tanto, que en verano, con abrigos de invierno, temblaba de frío. Para curarme, Labuelo me dejó pasar toda una noche bajo la lluvia, en

camisón, descalzo sobre las baldosas. Si no he muerto, es porque Dios es grande o porque somos más fuertes de lo que creemos.

Sólo después del casamiento de Arturo (mi hermano), ocupamos, él y yo, diferentes habitaciones. Por una ironía de la suerte lograba con mi desdicha lo que tanto había esperado: un cuarto propio. Arturo ocupó una habitación, en los fondos más inhospitalarios de la casa, con su mujer (se me hiela la sangre cuando lo digo, como si no me hubiera habituado) y yo, otra, que daba, con sus balcones de estuco y de mármol, a la calle. Por razones misteriosas, no se podía entrar en un cuarto de baño que estaba junto a mi dormitorio; en consecuencia, yo tenía que atravesar, para ir al baño, dos patios. Por culpa de esas manías, para no helarme de frío en invierno o para no pasar junto a la habitación de mi hermano casado, orinando o jabonándome las orejas, las manos o los pies debajo del grifo, quemé dos plantas de jazmines que nadie regaba, salvo yo.

Pero volveré a recordar mi infancia, que si no fue alegre, fue menos sombría que mi pubertad. Durante mucho tiempo creyeron que Labuelo era portero de la casa. A los siete años yo mismo lo creía. En una entrada lujosa, con puerta cancel, donde brillaban vidrios azules como zafiros y rojos como rubíes, un hombre, sentado en una silla de Viena, leyendo siempre algún diario, en mangas de camisa y pantalón de fantasía raído, no podía ser sino el portero. Labuelo vivía sentado en aquel zaguán, para impedirnos salir o para fiscalizar el motivo de nuestras salidas. Lo peor de todo es que dormía con los ojos

abiertos: aun roncando, sumido en el más profundo de los sueños, veía lo que hacíamos o lo que hacían las moscas, a su alrededor. Burlarlo era difícil, por no decir imposible. A veces nos escapábamos por el balcón. Un día mi hermano recogió un perro perdido, y para no afrontar responsabilidades, me lo regaló. Lo escondimos detrás del ropero. Sus ladridos pronto me delataron. Labuelo, de un balazo, le reventó la cabeza, para probar su puntería y mi debilidad. No contento con este acto me obligó a pasar la lengua por el sitio donde el perro había dormido.

—Los perros en la perrera, en las jaulas o en el otro mundo —solía decir.

Sin embargo, en el campo, cuando salía a caballo, una jauría que manejaba a puntapiés o a rebencazos, iba a la zaga. Otro día, al saltar del balcón a la acera durante la siesta, me recalqué un tobillo. Labuelo me divisó desde su puesto. No dijo nada, pero a la hora de la cena, me hizo subir por la escalera de mano que comunicaba con la azotea, para acarrear ladrillos amontonados, hasta que me desmayé. ¿Para qué amontonaba ladrillos?

La riqueza de nuestra familia no se advertía sino en detalles incongruentes: en bóvedas, con columnas de mármol y estatuas, en bodegas bien surtidas, en legados que iban pasando de generación en generación, en álbumes de cuero repujado, con retratos célebres de familia; en un sinfín de sirvientes, todos jubilados, que traían, de cuando en cuando, huevos frescos, naranjas, pollos o junquillos, de regalo, y en el campo de Azul, cuyos potrereros adornaban, en fotografías, las paredes del último patio, donde había siempre jaulas con gallinas, canarios, que nosotros teníamos que cuidar y mesas de hierro con plantas de hojas amarillas, que siempre estaban a punto de morir, como diciendo, mírame y no me toques.

Cuando quise estudiar francés, Labuelo me quemó los libros, porque para él todo libro francés era indecente.

A mi hermano y a mí no nos gustaban los trabajos de campo. A los quince años tuvimos que abandonar la ciudad para enterrarnos en aquella estancia de Azul. Labuelo nos hizo trabajar a la par de los peones, cosa que hubiera resultado divertida si no fuera que se ensañaba en castigarnos porque éramos ignorantes o torpes para cumplir los trabajos.

Nunca tuvimos un traje nuevo: si lo teníamos era de las liquidaciones de las peores tiendas: nos quedaba ajustado o demasiado grande y era de ese color café con leche que nos deprimía tanto; había que usar los zapatos viejos de Labuelo, que eran ya para la basura, con la punta relle-

na de papel. Tomar café no nos permitían. ¿Fumar? Podíamos hacerlo en el cuarto de baño, encerrados con llave, hasta que Labuelo nos sacó la llave. ¿Mujeres? Conseguíamos siempre las peores y, en el mejor de los casos, podíamos estar con ellas cinco minutos. Bailes, teatros, diversiones, amigos, todo estaba vedado. Nadie podrá creerlo: jamás fui a un corso de carnaval ni tuve una careta en las manos. Vivíamos, en Buenos Aires, como en un claustro, baldeando patios, fregando pisos dos veces por día; en la estancia, como en un desierto, sin agua para bañarnos y sin luz para estudiar, comiendo carne de oveja, galleta y nada más.

—Si tiene tantos dientes sin caries es de no comer dulces —opinaba la gitana que no tenía ninguno.

Labuelo no quería que nos casáramos y de haberlo permitido nuestra vestimenta hubiera sido un serio impedimento para ello. Enfermó de ira por no poder adivinar nuestros secretos de muchachos. ¿Quién no tiene novia en aquella edad? Labuelo se escondió debajo de mi cama para oírnos hablar a mi hermano y a mí, una noche. Hablábamos de Leticia. ¿La sordera o la maldad le hizo pensar que ella era la amante de mi hermano? Nunca lo sabré. Al moverse, para no ser visto, se le enganchó parte de la barba a una bisagra del armario donde tenía apoyada la cabeza, y dio un gruñido que en aquel momento de intimidad nos dejó aterrados. Al ver que estaba a cuatro patas, como un animal cualquiera, no le perdí el miedo, pero sí el respeto, para siempre.

Amenazado por el juez y por los padres de Leticia que había quedado embarazada, en una de nuestras más inolvidables excursiones a Palermo, en bañadera, mi hermano tuvo que casarse. Nadie quiso escuchar razones. Por un extraño azar, Leticia no confesó que yo era el padre del hijo que iba a nacer. Quedé soltero. Sufrí ese atropello como una de las tantas fatalidades de mi vida. ¿Llegó a parecerme natural que Leticia durmiera con mi hermano? De ningún modo natural, pero sí obligatorio e inevitable.

En los primeros tiempos de mi desventura, le dejaba cartas encendidas debajo del felpudo de la puerta o esperaba que saliera de su cuarto para dirigirle dos o tres palabras, pero el terror de ser descubierto y Ángel Arturo que nos espiaba, paralizaron mis ímpetus.

Cuando Ángel Arturo nació, oh vanas ilusiones, creíamos que todo iba a cambiar. Como carecía de barbas y anteojos, no advertíamos que era el retrato de Labuelo. En la cuna celeste, el llanto de la criatura ablandó un poquito nuestros corazones. Fue una ilusión convencional.

Mimábamos, sin embargo, al niño, lo acariciábamos. Cuando cumplió tres años, era ya un hombrecito. Lo fotografiaron en los brazos de Labuelo.

En la casa todo era para Ángel Arturo. Labuelo no le negaba nada, ni el teléfono que no nos permitía utilizar más de cinco minutos, a las ocho de la mañana, ni el cuarto de baño clausurado, ni la luz eléctrica de los veladores, que no nos permitía encender después de las doce de la noche. Si pedía mi reloj o mi lapicera fuente para jugar, Labuelo me obligaba a dárselos. Perdí, de ese modo, reloj y lapicera. ¡Quién me regalará otros!

El revólver, descargado, con mango de marfil, que Labuelo guardaba en el cajón del escritorio, también sirvió de juguete para Ángel Arturo. La fascinación que el revólver ejerció sobre él, le hizo olvidar todos los otros objetos. Fue una dicha en aquellos días oscuros.

Cuando descubrimos por primera vez a Ángel Arturo jugando con el revólver, los tres, mi hermano, Leticia y yo, nos miramos pensando seguramente en lo mismo. Sonreímos. Ninguna sonrisa fue tan compartida ni elocuente.

Al día siguiente uno de nosotros compró en la juguetería un revólver de juguete (no gastábamos en juguetes, pero en ese revólver gastamos una fortuna): así fuimos familiarizando a Ángel Arturo con el arma, haciéndolo apuntar contra nosotros.

Cuando Ángel Arturo atacó a Labuelo con el revólver verdadero, de un modo magistral (tan inusitado para su

edad) este último rió como si le hicieran cosquillas. Desgraciadamente, por grande que fuera la habilidad del niño en apuntar y oprimir el gatillo, el revólver estaba descargado.

Corríamos el riesgo de morir todos, pero ¿qué era ese nimio peligro comparado con nuestra actual miseria? Pasamos un momento feliz, de unión entre nosotros. Teníamos que cargar el revólver: Leticia prometió hacerlo antes de la hora en que nieto y abuelo jugaban a los bandidos o a la cacería. Leticia cumplió su palabra.

En el cuarto frío (era el mes de julio), tiritando, sin mirarnos, esperamos la detonación, mientras fregábamos el piso, porque se había inundado, junto con Buenos Aires, el aljibe del patio. Tardó aquello más que toda nuestra vida. ¡Pero aun lo que más tarda llega! Oímos la detonación. Fue un momento feliz para mí, al menos.

Ahora, Ángel Arturo tomó posesión de esta casa y nuestra venganza tal vez no sea sino venganza de Labuelo. Nunca pude vivir con Leticia como marido y mujer. Ángel Arturo con su enorme cabeza pegada a la puerta cancel, asistió, victorioso, a nuestras desventuras y al fin de nuestro amor. Por eso y desde entonces lo llamamos Labuelo. **TN**



# TRAZAS NEGRAS

Disponibles en: [www.delibros.cl](http://www.delibros.cl)